



Lo que queda de mí
Sergi Férez

GANADOR XIV Premio Odisea



Lectulandia

ODISEA E

Eric pierde gran parte de su vida cuando le arrebatan a su amado Ángel. Podemos tenerlo todo en la vida, pero también podemos perderlo todo en un solo instante. Eric deberá aprender a caminar otra vez solo, sin la ayuda de su estimado compañero, deberá afrontarse a la ausencia de su amor para seguir viviendo y recuperar la ilusión que alguna vez albergó la llama de su corazón.

La novela finalista del XIV Premio Odisea de Literatura es una preciosa historia de amor y de superación. Con una narrativa brillante y sencilla, acompañaremos a Eric en ese trayecto hacia una nueva vida. Dejando atrás el pasado, pero sin olvidarnos de él porque para amar, primero debemos aprender a amarnos. La segunda novela de Sergi Férrez es un homenaje al amor y a la belleza de la cotidianidad. Un alegato a la capacidad de superación a la que todos, tarde o temprano, tenemos que afrontarnos porque las segundas oportunidades también existen.

Lectulandia

Sergi Férez

Lo que queda de mí

Ganador XIV Premio Odisea

ePub r1.0

Marcellinux 09.12.13

Título original: *Lo que queda de mí*
Sergi Férrez, 2012

Editor digital: Marcellinux
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Juan Carlos

Capítulo 1

Durante la mañana el sol, muy tímidamente, ganó a la lluvia y alegró la ciudad de Barcelona con su luz. Siempre he trabajado en casa y no es que el mal tiempo de la última semana me hubiera afectado mucho, en absoluto, pero mis excursiones al exterior se habían limitado a breves paseos con mi perro o a alguna escapada al supermercado de la esquina y me apetecía ver el sol. Me pone de buen humor.

Salí de la ducha enrollándome la toalla en la cintura, sintiendo como pequeñas gotas de agua resbalaban por mi espalda y me senté en la cama. Sin dejar de mirar por la ventana, estiré la mano para abrir el cajón de la mesita de noche y rebusqué entre los calcetines enrollados. Sonreí como si hubiera ganado la lotería cuando vi que los primeros que saqué fueron los azules que tanto me gustaban.

Pensé durante un escaso minuto lo que me pondría: unos tejanos y la camisa blanca que no necesita ser planchada. Es raro que tarde más en elegir mi ropa que en vestirme, detesto perder el tiempo con ese tipo de cosas. Faltaba media hora para encontrarme con Josep y Marc en una terraza de la Plaza Real y aun sabiendo que acostumbraban a llegar con un mínimo de quince minutos de retraso y que solamente me separan diez minutos andando de casa, descarté el ascensor y bajé las cinco plantas de mi edificio saltando los escalones de dos en dos, aún con el pelo mojado, y me encontré atravesando Vía Layetana en un abrir y cerrar de ojos. Prefiero esperar a que me esperen, una de mis manías.

Llegué hasta Ramblas sorteando al resto de peatones a una velocidad de vértigo hasta que al girar por la bocacalle que lleva a la Plaza Real, choqué violentamente contra un chico, que retrocedió varios pasos antes de terminar en el suelo, bruscamente sentado.

—¡Lo siento! —exclamé, apresurándome a ayudarlo—. ¿Estás bien? Esperando sus gritos, me agaché y le puse una mano en su hombro mientras se llevaba la suya al esternón con un gesto que reflejaba mucho dolor. —Sí, no te preocupes— dijo pasados unos segundos, sin retirar su mano del pecho. —No ha sido nada. Fue un alivio que no se mostrara agresivo o enfadado. Me llamó la atención que en medio de

aquella situación tan incómoda pudiera apreciar su perfume.

Volví a pedirle disculpas, ofreciéndole mi mano para ayudarlo a reincorporarse. La tomó y una vez de pie, quedamos a la misma altura. Se sacudió el polvo de su traje sin dejar de buscar posibles manchas en la ropa y cuando comprobó que apenas tenía una pequeñísima marca en la pernera del pantalón, la hizo desaparecer de una pasada con la mano.

Cogí su maletín y se lo devolví. Se quitó las gafas de sol dejando a la vista unos bonitos ojos marrones y dijo algo como que así aprendería a ir caminando sin dejar de mirarse los zapatos nuevos. Sonreí, cautelosamente y me disculpé por enésima vez antes de despedirme para continuar mi camino.

Tuve suerte y nada más llegar a la terraza del bar una pareja de turistas dejó libre una de las mesas que estaban en primera fila. Tomé asiento orientando la silla a los rayos del sol de mayo y cerré los ojos para disfrutar de un breve bronceado, esperando inútilmente a que, como por arte de magia, desapareciera la típica palidez de mi cara, cosa que jamás ocurre ya que como buen pelirrojo que soy difícilmente me pongo moreno, como mucho a los pocos días de haber quedado como una gamba se me acentúan las pecas que normalmente son inapreciables y junto a mi color verde de ojos, ofrezco el típico aspecto de un guiri escocés. En innumerables ocasiones me han tomado por turista e incluso me hablan en inglés; reconozco que en ocasiones sigo la conversación durante un rato porque me divierte.

Tampoco me molesta en absoluto notar miradas fugaces a mi perilla o a mi pelo porque sin duda, a mis cuarenta y cuatro años ser «algo diferente» no representa un problema porque además de pelirrojo, soy zurdo, rozo el metro noventa de altura y soy gay.

Difícil pasar desapercibido en cualquier sentido.

Empecé a tener calor y me remangué la camisa. El camarero se acercó y sin apartar la vista de la bayeta con la que limpiaba la mesa me preguntó amablemente lo que me apetecía tomar. Siguiendo con la mirada el baile de la bayeta en su mano le pedí una caña que, en apenas un par de minutos, la trajo junto a un plato de aceitunas «detalle de la casa». Me pareció buen tipo.

Cuando estaba a punto de darle el primer trago vi a mis amigos acercándose con una sonrisa en los labios y me levanté de la silla para saludarles. Les pregunté de lo más incrédulo que a qué se debía tanta puntualidad. Josep dijo todo lo irónico que pudo que ellos también se alegraban de verme, dándome un gran abrazo mientras me llamaba naranjito, apodo que me puso al poco de conocernos.

—Para ti, don Naranjito —solté en un fingido tono soberbio—. Ven para aquí,

Marc, que te doy un achuchón. —Hola, Eric— dijo entre mis brazos. —Te hemos echado de menos estos días—. Y yo a vosotros —afirmé acariciando su mejilla. ¿Cómo os ha ido la luna de miel? Ha sido algo agotador —contestó Marc llevándose una mano a la cabeza. No volveré a hacer un crucero en mi vida. Eso de conocer nueve ciudades en once días ha podido conmigo. En cambio, para éste —añadió, señalando a su recién convertido marido— ha sido como un juego de niños. ¡No sé de dónde saca tanta energía! —Si probaras a dormir por las noches en vez de estar viendo culebrones— le soltó Josep a modo de queja, —no tendrías tanto sueño por las mañanas...

Defendí a Marc diciendo que para algo eran las vacaciones y me miró agradecido, guiñándome un ojo, comentando que parecía mentira que hubiera pasado todo tan rápido. Tenía razón.

En marzo del año anterior organizaron una barbacoa en la terraza de su ático, en el barrio de Gracia, y anunciaron a bombo y platillo que se casaban. Me sorprendí, como la mayoría de invitados, porque aunque hacía más de quince años que vivían juntos siempre habían sido muy reticentes al matrimonio. Hubo gente que incluso bromeó con el hecho de que alguno de los dos se hubiera quedado embarazado. Lo que no me extrañó fue que me pidieran que fuera su padrino. El crucero fue mi regalo de boda.

—Nos hemos acordado de ti, bobo —dijo Marc dándome una bolsa de papel que pesaba una tonelada—. No teníais que haberme traído nada —comenté antes de darles las gracias—. Para nuestro hijo, todo es poco —bromeó Josep—. Espero que lo hayas elegido tú —dije mirando a Marc—. Ya conocemos el horrible gusto de tu marido a la hora de elegir regalos...

Éste último me dio un puntapié a modo de venganza, reprochándome que no podía quejarme del gusto de sus regalos. Era cierto. Poco después de dejarles solos en el piso del Raval que compartíamos e instalarme en el diminuto estudio que pude pagar, les invité a cenar para que lo vieran. No tenía muebles, por lo que comimos el pollo rebozado y el puré de patatas de sobre, que gracias a mi patética destreza culinaria me costó casi dos horas de preparación, sentados en cajas de mi mudanza aún sin vaciar y usando como mesa una vieja tabla de planchar que encontré detrás de una puerta.

Durante el postre, una deliciosa tarrina de yogurt helado con tres cucharas dentro, me dijeron en plan reprimenda que no podía vivir así y aún menos dormir en un colchón tirado en la habitación. Así que una noche llegué de la facultad y me encontré que en el comedor había una mesa con dos sillas, una estantería, un pequeño sofá y una mesita para mi pequeña televisión. Caminé incrédulo hasta la habitación donde una cama con su mesita a juego, lamparita incluida, ocupaba el lugar del

colchón y las cajas repletas de libros.

Eran muebles básicos, quizá no muy bonitos, salidos de un anuncio en un periódico de segunda mano pero para mí, que exceptuando libros de estudio y un caballete para diseñar nunca había tenido nada que no cupiese en una mochila, me parecieron los más maravillosos del mundo. Ese detalle me conmovió de tal forma que cuando les llamé para agradecerles tan magnífico gesto apenas pude hablar, y lo poco que les dije lo hice con la voz entrecortada.

Me froté la espinilla intentando mitigar el dolor del puntapié y rasgué el papel de regalo, quedando a la vista una figura de cristal verde olivo a la que no atiné encontrar su correcta posición. Reconozco que en el primer momento me hizo pensar en una enorme rosquilla, pero omití el comentario por temor a la represalia. Marc me la quitó de las manos con un manotazo seguido de la palabra «torpe» y me mostró cómo debía colocarla, asegurando que quedaría genial en la estantería del recibidor. Lo dijo tan convencido que supe que tendría que colocarla allí o de lo contrario cuando viniera a casa le daría un ataque al corazón y cuatro anginas de pecho seguidas.

—Muchas gracias —dije dándoles un doble abrazo—. Me tenéis demasiado consentido. No me lo merezco. —Por supuesto que no, pero te queremos de todas formas— dijo Josep haciéndome burla. —Lo sé— afirmé. —No hace falta decir que también os quiero.

Marc se giró en busca del camarero quejándose de que hacía rato que estaba desfilando por toda la terraza sin mirarle. Al verle un par de mesas mas allá, le llamó y levantó mi jarra de cerveza, tras señalarla hizo el número dos con los dedos antes de juntar sus palmas en forma de súplica. —¿Dos cervezas?— preguntó amablemente, acercándose. —No— contestó Josep, quitándose una chancla y enseñándosela, —¿tienes ésta en verde y en cuarenta? Me quise morir de la vergüenza y le reprendí con un manotazo en el hombro cuando el camarero se marchó con cara de pocos amigos—. ¡Hombre! —se quejó Josep. ¡Que no nos miraba por si le pedíamos algo!

Marc estalló a carcajadas mientras yo no paraba de menear la cabeza con una mano en la frente. En un santiamén el camarero les sirvió sus bebidas sin pronunciar ni una sola palabra y ni se acercó durante el resto del rato que estuvimos allí. Me pusieron al día del viaje con una exagerada descripción de la entrada del gigantesco barco en el puerto de Malta sin que Josep hubiera dormido y Marc se lo perdiera porque estaba arrasando el bufet libre del desayuno. Fue todo tan explícito que por un momento me encontré en la cubierta del barco viendo el enorme rompeolas maltés con un trozo de salchicha frita en la boca. A veces sobran adjetivos, creo que se utilizan inútilmente.

Escuchar cómo han ido las vacaciones de los demás siempre me ha dado cierta pereza porque considero que se da demasiada información que se debe obviar y no puedo evitar pensar que, en comparación a las mías, siempre parecen mejores.

—Chicos —dije mirando el reloj e inventándome una excusa—, tengo cita con el fisioterapeuta dentro de media hora y está en la otra punta de Barcelona. —¿Ya nos dejas?— preguntó Marc en tono lastimero. —Sólo por ahora— contesté con una sonrisa de medio lado. —Pero ya sabéis que siempre estaréis en mi corazón...

Me levanté sintiéndome culpable por no haber sido sincero, pero no quería preocuparles más de lo que ya habían estado por mí. Decidieron quedarse un rato más disfrutando del sol y les solté un par de besos a cada uno con la promesa de cenar juntos al día siguiente. Apenas me había alejado un par de metros y pude escuchar como Josep le comentaba a Marc que se me veía mucho mejor.

—Sí —pensé, chasqueando mi lengua—, en tres años he superado la pérdida de Ángel y estoy dispuesto a rehacer mi vida... Fue imposible evitar la ironía de mi pensamiento, porque aunque siempre se habían portado maravillosamente bien conmigo y les estaré eternamente agradecido por haberme cuidado de una forma digna de admiración, me sentía bastante cansado de notar como la gente a mi alrededor (incluidos ellos) me mirara con cara compasiva, seguros de que un día, mi alma más que destrozada y atormentada volviera a ser la misma que cuando Ángel estaba a mi lado y solamente él supo ver, comprender y amar incondicionalmente.

Perdiéndome entre la gigantesca ola de turistas por las calles del gótico llegué hasta la pequeña plaza ajardinada donde había quedado con el tipo de la inmobiliaria. Me dio por inspeccionar la zona: un pequeño supermercado, una cafetería, una panadería, un estanco y una floristería. Todo en la misma acera y parecía una calle bastante tranquila en la que apenas había tráfico.

Levanté la mirada para contemplar el edificio de cuatro plantas en color ocre donde se encontraba el piso, encontrándome una fachada cuidada y limpia, con una gran puerta en la entrada principal de grandes cristalerías a ambos lados haciendo que todo el interior se viera iluminado y acogedor. Caminé para acercarme a la cristalería de la puerta decorada con rejas de hierro forjado a juego con las barandillas de los pequeños balcones que daban a la plaza. Pude apreciar el dibujo zigzagueante de las baldosas de la pared que acompañaban hasta los cuatro escalones que te dejaban en el pequeño rellano del ascensor.

—Hola, Eric —dijo una voz a mi espalda—. Hola —saludé girándome—. ¿Eres Ricard? —pregunté sonriendo al ver que era el tipo con el que me había tropezado. Me devolvió la sonrisa y me saludó moviendo su mano igual que los críos—. Sí, soy yo —volvió a sonreír, antes de abrir la puerta y hacerme entrar—. Qué casualidad,

¿verdad? —Pues sí, lo es.

Por teléfono le había comentado que necesitaba un piso en esa zona porque vivir en el Borne siempre me había gustado y el que tuviera terraza era algo prioritario, ya que tenía perro. Él, durante toda la conversación telefónica, no había parado de asentir elogiando en exceso mi punto de vista y en varios momentos de la conversación llegué a pensar que era gay por su forma de hablar tan atenta y amable. No me equivoqué. Caminando por el portal, pude apreciar con mayor detalle su fisonomía. No era muy guapo pero en conjunto resultaba bastante atractivo. Sin duda, su elegancia jugaba un gran papel en ello y él lo sabía, sacándose el mayor partido con un lenguaje corporal decidido pero a la vez, mostrando cierta cautela. Apretó el botón del ascensor tras decirme con una sonrisa de medio lado que no le dolía el esternón y subimos los cuatro pisos sin apartar la vista del suelo, evitando cualquier contacto visual. Llegamos al rellano y dirigiéndonos hasta la puerta de entrada me comentó que nada más girar la calle para encontrarse conmigo, me reconoció.

—No hay muchos hombres altos y pelirrojos —dijo girando la llave de la puerta—. Hasta que comenzaste a hablar, creí que eras un turista. —Me pasa constantemente— dije levantando las cejas con un fingido tono de voz resignado. —La gente se sorprende cuando empiezo a hablar en castellano—. Me has hecho pensar en la versión gigante de un Leprechaun... Me quedé petrificado, incapaz de hablar. Le tomé del brazo para que se girara y decirle que no era la primera vez me encontraba en una conversación parecida, pero cuando vio la expresión de mi cara se asustó y pidió disculpas por haberse tomado tanta confianza. Entró al piso con una clara mueca de arrepentimiento, aclarándose la voz y explicando las características de la propiedad con un apreciable cambio de comportamiento.

Al llegar al comedor le interrumpí para explicarle que no había habido ningún problema porque me hubiera comparado con el duendecillo irlandés y que simplemente su comentario me había recordado al de un amigo, años atrás.

—Espero que sea un buen amigo —dijo ladeando suavemente su cabeza—. Lo fue —afirmé, casi en un susurro—. Éramos pareja.

Se hizo un silencio que volvió a incomodarle pero lo disimuló cambiando de tercio, pidiéndome que le siguiera para ver la terraza puesto que era magnífica. Salimos al exterior y eché una rápida ojeada al amplio comedor con la cocina integrada. Ya en la terraza comprobé que tenía razón: era espléndida y daba a la plaza que tan buena impresión me había causado.

—Sabía que te gustaría —dijo apoyando su hombro en la pared divisoria, cruzando sus brazos con una amplia sonrisa.

Estuve un buen rato observando las posibilidades de la terraza. Había sitio

suficiente para una mesa con cuatro sillas, un par de tumbonas, la caseta para Mafi e incluso varias jardineras. Regresamos al comedor y a pesar de que todavía no había visto ninguna habitación o los baños, supe que ése sería mi nuevo hogar. No necesitaba ver mucho más y tenía toda la información que necesitaba: cerca de ciento veinte metros cuadrados repartidos en tres dormitorios, dos baños y la amplia cocina integrada en el enorme comedor. Dejando a un lado que la finca tenía aparcamiento subterráneo, el que Mafi tuviera una salida donde tomar el fresco fue lo que me acabó de convencer.

No quise mostrar demasiado entusiasmo para que cuando me llamara interesándose por mi decisión bajara el precio de salida, así que vi el resto de la propiedad como si estuviera visitando el museo más aburrido de la historia. Era evidente que había sido reformado hacía poco y que había sido obra de un interiorista por el juego de colores, pero sobre todo, por la combinación de distintas maderas en el parquet y en las paredes.

No necesitaba más que amueblarlo y entrar a vivir.

Salimos al rellano y mientras llegaba el ascensor noté breves miradas de Ricard, haciendo que me incomodara a la vez que gustaba. Zarandeaba la bolsa con el regalo de Marc y Josep, intentando calcular el tiempo que me llevaría la mudanza. De repente me había entrado una súbita prisa por comenzar el traslado e instalarme allí. Quería irme lo antes posible de mi casa.

Nos despedimos en la calle con un apretón de manos que duró más de lo normal y me dio su tarjeta diciendo que le llamara para cualquier consulta. Le agradecí su tiempo comenzando a caminar y al llegar a la esquina me giré para echar la última ojeada a la zona. Paré en seco al ver a Ricard aún enfrente del portal, inmóvil, mirándome. Lejos de disimular, se limitó a sonreír despidiéndome con la mano y levanté la cabeza para contestar su gesto sintiendo que me había ruborizado. Giré para continuar mi camino de vuelta a casa donde Mafi me estaba esperando con la lengua fuera, moviendo su cola y ladeando la cabecita, esperando cualquier movimiento mío para seguirme.

—Sí —dije antes de zarandear su cabeza y dirigirme a la habitación—, hoy he visto nuestro próximo piso. Si todo va bien, nos iremos pronto de éste.

Capítulo 2

—Hoy empieza la movida —dije a Mafi, que se había sentado en la cama y no hacía más que girar su cabecita a cada palabra que pronunciaba.

Pareció entenderme, porque dio un ladrido y fue corriendo a su canasta a por su hueso de plástico, dejándolo en la puerta de la entrada como si estuviera preparando su equipaje. Me senté en la cama buscando unos pantalones cortos en el cajón de la mesita y tomé la foto enmarcada de Ángel en la que aparecía sentado en un pequeño espigón, con el mar y el pueblo de Cadaqués a su espalda, sonriendo, como siempre que me miraba. Sentí un escalofrío recorriéndome por toda la espalda y noté como el corazón se aceleraba. —¿Algún día superaré tu ausencia?— susurré a la imagen sonriente, a sabiendas de que jamás obtendría su respuesta.

Me estiré cruzando las manos bajo la cabeza, sin dejar de mirar el techo mientras mi mente me volvía a traicionar trayéndome recuerdos de mi vida junto a Ángel. Había hecho todo lo posible por dejarle a un lado, siguiendo adelante de la mejor forma que podía, pero cada pequeño detalle en mi vida cotidiana me llevaba a él.

No, mi vida no había sido la misma desde aquella noche en la que le perdí, eso era más que evidente, pero con el tiempo —mucho, demasiado— aprendí a vivir nuevamente solo, perseguido por todos sus recuerdos e intentando respirar cada vez que perdía el aliento al recordar cualquier detalle de los años que estuvimos juntos. Ya hacía tiempo que había dejado de llorar, de sentir que me moría sin él. Eso era lo único que me reconfortaba. Siempre nos terminamos adaptando a cualquier situación, por muy negativa que sea.

Un ladrido de Mafi me hizo reincorporarme y al ver su cara tan bonachona no pude evitar sonreír. Creo que sabe cuando estoy triste, porque cuando ocurre, se acerca y me hace carantoñas hasta que consigue arrancarme una sonrisa. Aunque faltaba un rato para salir de paseo, fui hasta la cocina a por su correa. Mientras la cogía, pensé que era una suerte que los perros no llevaran reloj porque de lo contrario, nos estarían reprochando constantemente los retrasos o adelantos en sus salidas.

Cruzamos la amplia calle de la Barceloneta y llegamos hasta la arena de la playa corriendo. Me senté en la orilla enrollando la correa en mi mano, riéndome al ver que Mafi no dejaba de jugar con las olas, ladrándoles y haciendo ver que se les tiraba para atacarlas; eso sí, sin tocar el agua, porque siempre ha sido demasiado señorito para mojarse las patitas con agua salada. Cuando se cansó, vino a mi lado y se estiró torpemente, apoyando su cabeza en mis pies descalzos, quedándose dormido entre el sonido de las olas y sus propios ronquidos.

Uno puede estar sumido en la más profunda de las tristezas, atravesando una época negra, desesperante, oscura pero el mar siempre te devuelve a tu lugar. Dicen que es porque tiene el mismo nivel de decibelios que escuchamos cuando gestamos en el vientre de nuestras madres y el subconsciente nos transporta a esa tranquilidad. Nunca me importó saber si era cierto o no, me bastaba con notar que me tranquilizaba con mirar un rato hacia el horizonte. Poco a poco el sol fue tomando más fuerza y me sentí muy bien, contento, satisfecho, sabiendo que al día siguiente, sería el principio de una nueva etapa en mi vida. El bochorno empezó a incomodarme y tomé a Mafi en brazos para ir a casa.

Me había propuesto un mes para empaquetar mis cosas, convencido de que no me llevaría más de un par de tardes, pero nada más abrir los armarios superiores de la cocina y ver todo lo que había allí guardado, me llevé una mano a la cabeza.

—Tenía que haber comprado más cajas de cartón —dije en voz baja.

Recordé que meses antes, Marc quiso dejarme una paella preparada y me preguntó si sabía dónde estaba la arrocera eléctrica, a lo que respondí asombrado que ni sabía que había sido inventado algo así. Lo cierto era que tenía una, pero la descubrí semanas más tarde, cuando al abrir el horno para hacerme una pizza la encontré allí guardada.

Nunca había sido un buen cocinero. Todo lo contrario, era torpe e incapaz de diferenciar un rayador de cebolla de un afilador de cuchillos. Hasta que Ángel llegó a mi vida me mantenía a base de bocadillos, falafels, shawarmas y pizzas del pequeño libanés de la esquina de casa. Al principio de estar juntos me encargué de cocinar y tras unos cuantos platos salados, otros tantos sosos y varios incluso quemados, tomó la decisión de que esa sería su tarea en casa y le cedí el delantal sin rechistar, aún sabiendo que él nunca antes había cocinado porque en su casa tenían cocinera.

La verdad es que se le daba muy bien. De vez en cuando me sorprendía con algún que otro trasto que cortaba en perfectas rodajas el pepino o convertía un calabacín en algo parecido a espaguetis verdes y blancos, pero como él era tan ordenado y recogido mientras cocinaba, jamás los volvía a ver por el mármol de la cocina. Mi tarea culinaria se limitó a poner los platos y cubiertos en el que, según sus palabras,

era el mejor invento de la humanidad: el lavavajillas.

Saqué un par de pequeños electrodomésticos y los miré atentamente intentando adivinar cuáles eran sus funciones sin éxito alguno. No me parecieron más que robots de películas de ciencia ficción de los años setenta. En un primer momento estuve tentado de deshacerme de ellos, pero desistí nada más pensarlo. No quise tirar nada, por mucho que hiciera más de tres años que ninguno de aquellos armarios hubieran sido abiertos por mí y jamás cocinara algo digno de mención.

Maldije el día que decidí ir a aquella puta farmacia.

Cerré el armario casi de un portazo y conecté el hervidor de agua para prepararme una infusión de rooibos. Fui goloso y la hice de plátano y caramelo. Sabía que si no me ponía manos a la obra no terminaría ni en un año, por lo que cuando el hervidor se disparó, llené la taza hasta el borde y caminé por el pasillo seguido por Mafi. Al llegar al despacho, como era habitual, se tumbó en la alfombra enfrente del radiador, quedándose dormido casi al instante. Se había acostumbrado a estar cerca de mí, aunque me pasara mil horas delante del ordenador, siempre esperándome para salir de paseo o simplemente jugar conmigo.

Levanté la persiana para aprovechar la luz del día y terminé de montar las cajas de cartón. Eché una hojeada a mi alrededor pensando en las horas que había pasado allí dentro dibujando, creando, ajeno al mundo exterior, intentando olvidarme de Ángel y luchando contra el dolor que me producía vivir sin él.

Respiré profundamente y cerré mis ojos consciente de que el cambio que tanto necesitaba ya había comenzado, pero saber que me iba del que había sido mi hogar durante tantos años me produjo una extraña sensación de alegre tristeza. Por un lado tenía ganas aunque por el otro me invadía una profunda melancolía. Ya estaba decidido y me mudaba, así que empecé a meter muy lentamente los primeros libros de la estantería más cercana a la puerta, dudando entre si estaba haciendo lo correcto o si me había precipitado al buscar un nuevo hogar.

Vaciar la primera balda me tomó cerca de media hora, con movimientos torpes e indecisos, pero me obligué a convencerme de que ese cambio era necesario y que no me estaba equivocando, así que en apenas diez minutos y casi como un autómatas acelerado terminé con toda la estantería. Llené tres cajas enteras.

Me senté un momento en suelo para descansar un poco y estiré mi brazo para coger otra caja vacía sin dejar de mirar a mí alrededor. Apoyé la espalda contra la estantería vacía y en la de al lado, entre atrasados ejemplares del National Geographic, vi cómo sobresalía un pequeño álbum de fotos. Estiré el brazo para cogerlo y se me ocurrió abrirlo. En la primera hoja me encontré con una foto en la que aparecía abrazado a Julia poco antes de que organizara la fiesta en la que conocí a

Ángel. Estábamos en mi comedor, aún sin pintar y casi sin muebles.

Ese momento se remontaba trece años atrás, una semana antes de que Julia me abriera la puerta de su casa, radiante, sonriente como siempre, dándome la bienvenida con una voz tierna, cariñosa, como no puede ser distinto en ella.

Tomó la botella de vino que le ofrecí y se adelantó taconeando por las escaleras que llevaban a la primera planta, contoneando elegantemente sus caderas. Su corto vestido de gasa en color negro, casi transparente en la espalda, jugaba acariciando suavemente su increíble figura, dándole un precioso aspecto de una modelo profesional desfilando.

La seguí atravesando el gigantesco comedor un paso por detrás de ella, tras el rastro de su inconfundible perfume de violetas y me llevó al porche del jardín, donde nada más ver al resto de invitados, me sentí cohibido. Comentó que creía que no conocía a nadie mientras me tomaba de la mano y señalaba al grupo que hablaban entre ellos a escasos metros de nosotros. De haber sabido que la fiesta era tan formal no hubiera acudido con mis tejanos más desgastados y la camiseta verde que me regalaron al comprar un pack de cervezas en la tienda de la esquina.

—No es problema —sonreí—. Estando tú es suficiente. —¡Eres un sol!— exclamó antes de darme un abrazo. —Gracias por venir. Significa mucho para mí que hayas aceptado la invitación de última hora—. Por ti —afirmé empleando el tono de un sufrido resignado—, lo que sea. ¡Llaman a la puerta! —exclamó, casi molesta, mirando al techo. Sírvete algo de bebida, vuelvo en seguida. No te preocupes —susurré dándole un beso. Estaré bien.

Me acerqué hasta la enorme mesa ovalada de jardín que servía de barra libre sin dejar de pensar en mi vestimenta. Dudé por un momento entre la sugerente y extensa variedad de licores que encontré en medio de una cuidada decoración con flores y hojas de parra, colocadas estratégicamente entre el largo tallo de una enredadera, pero finalmente tomé una de las cervezas mexicanas que asomaban dentro de un gran cubo galvanizado lleno de hielo.

Me apoyé en la pared que limitaba el jardín de la casa dando un gran trago, siguiendo con mi mirada la hilera de velas que rodeaban la piscina con forma de riñón. Cambié unas palabras con un par de invitados que se acercaron a por una bebida, pero tras escuchar repetidas veces en la misma frase las típicas muletillas pijas, preferí quedarme a un lado.

—No soporto a estos pijos —pensé saliendo del porche.

Julia inevitablemente pertenecía a ese mundo, pero aunque sus padres eran unos adinerados terratenientes de Tarragona que decidieron establecerse en Barcelona por

negocios, se preocuparon en inculcarle el sentido de humildad y la idea de que alardear de un estatus alto era algo más que vulgar. Ella, siguiendo sus consejos y alejándose de cualquier etiqueta, incluso en el instituto público en el que nos conocimos, siempre se mostró sencilla, nada soberbia y, por supuesto, próxima. Eso hizo que le quisiera nada más verla en el primer día de clase, cuando con una sonrisa, se sentó a mi lado, sacó su carpeta y sin retirar su mirada de la mía, se presentó con su adorable voz.

—Me da que vamos a ser buenos amigos —dijo segura de sí misma tras decirme su nombre y abrir su carpeta.

Caminé despacio por el jardín iluminado por una ristra de farolillos colocados en forma de zigzag entre las ramas de los árboles. El último globo de luz descansaba rozando la rama de una mimosa, sobre un banco de madera rodeado de una celosía cubierta por un jazmín y dirigí mis pasos hacia el pequeño refugio para sentarme bajo la tenue luz que ofrecía una mágica percepción del resto de colores.

Giré mi cabeza para ver si había pasado desapercibido entre los amigos de Julia que, bajo el porche, continuaban charlando acompañados por la música ambiental que sonaba a un volumen acertado: lo suficiente para disfrutarla sin que molestara.

Creando que nadie se habría percatado de mi pequeña evasión, me senté cruzando los pies, descalzándome mis enormes alpargatas de esparto verdes y cerré los ojos, disfrutando del frescor del césped recién cortado entre mis dedos. Una suave brisa comenzó a correr mitigando la sensación de bochorno de la noche.

—Hola, Eric —dijo una voz masculina haciéndome abrir los ojos—. Hola —saludé extrañado a un chico totalmente desconocido que no paraba de sonreír—. ¿Nos conocemos? —No, no— contestó. Y se sentó ofreciéndome una de las cervezas que sostenía. —Gracias— dije tomándola antes de escuchar que era Ángel, el primo de Julia.

Levantando su mano como un niño diciendo «hola», terminó su presentación. Ese gesto tan infantil me arrancó una sonrisa y le contesté imitándole. Era cierto que Julia me había hablado de él en varias ocasiones, pero nunca habíamos coincidido. Le encontré muy atractivo, vestido muy elegante y de modales muy refinados, pero algo en él me hizo sentir que era igual de próximo que su prima. Me reincorporé, dejando mi botella vacía a un lado.

—Dijo que vendrías —comentó fijando su mirada en la mía con una sincera sonrisa en los labios—. De todos los invitados, eres el único chico alto, atractivo y por supuesto, pelirrojo. Ha sido muy fácil adivinar quién eras. —No creas— dije divertido, haciéndome el interesante, —no siempre es fácil reconocerme. En una ocasión, un grupo de irlandeses me confundieron con un Leprechaun y estuvieron

persiguiéndome por toda la ciudad durante horas para que les diera una bolsa llena de monedas de oro...— ¡No es posible! —exclamó segundos antes de soltar una carcajada. ¡Se supone que los Leprechaun apenas miden quince centímetros! El que conociera a la versión masculina de las hadas en la mitología irlandesa me sorprendió gratamente—. Bueno —repuse—, a veces llegan hasta los cincuenta centímetros...— Entonces —me miró muy fijamente, dejando de reír—, según la leyenda, si no aparto mi vista de ti, no podrás esfumarte ¿verdad? Quizá fue su forma de hablar tan natural, cercana, o la sonrisa en su cara cuando le contesté negando la cabeza sin poder pestañear, o pudo ser la fuerza de la mirada de sus preciosos y enormes ojos marrones, el caso es que cuando con su mano rozó la mía en un gesto completamente cordial, una extraña sensación de bienestar me invadió, dejándome sin aliento e incapaz de articular palabra.

Tuve que ponerme de pie, intentando digerir el cúmulo de extrañas sensaciones que me estaban desarmando. No era una mera atracción física, no, ese capítulo de mi vida ya lo tenía más que asimilado y sabía diferenciar perfectamente entre el deseo de un cuerpo y las ganas de estar con alguien. Me ruborizó la forma en la que me miraba, el tono de su voz, su lenguaje corporal... Todo él me superó porque sentí que estaba viendo en mí lo que otros ni siquiera habían vislumbrado. Inmediatamente se levantó, acercándose con cara de preocupación y puso su mano en mi hombro, preguntándome si me encontraba bien.

No respondí, consciente de que siempre hay un momento para todo, ese preciso instante en el que todo puede cambiar para bien o para mal, ya sea para un comienzo como para un final, así que no me lo pensé dos veces, dejándome llevar por lo que consideré que era mi momento, mi comienzo. —Si me equivoco, lo siento— susurré cuando fui capaz de reaccionar, acercándome muy lentamente a sus labios.

El resultado fue un beso inocente, un simple roce de nuestros labios que apenas se juntaron unos segundos, pero sentí como si mi corazón hubiera estado a punto de pararse de la velocidad con la que latió. Me separé unos centímetros sin dejar de mirarle y puse mi mano en su mejilla, acariciando sus labios con mi índice.

—No te has equivocado —contestó, recuperando el aliento—. Lo estaba deseando.

Fue imposible evitar volver a acercarme a su boca, buscando su lengua con la mía, sin prisa, consciente de que no quería apresurarme a tener algo que ya consideraba mío.

Sentía que le conocía desde siempre, como si en vez de una escasa media hora hubieran sido meses. Tan cercano a mí, tan sincero, con su franca mirada que parecía llamarme a su vida. Le rodeé con mis brazos y en ese momento sentí, supe que era la

persona a la que siempre había querido abrazar. Nuestras mejillas se juntaron y cerré mis ojos, notando su morena y suave piel mientras percibía su aroma, una dulce mezcla de crema hidratante y loción de afeitar que me encantó. Empezó a moverse muy despacio al ritmo de la música que a lo lejos estaba acompañando a ese mágico instante.

*Many rivers to cross
But I can't seem to find my way over
Wandering I am lost
As I travel along the white cliffs of Dover*

Seguí sus lentos movimientos, convirtiendo aquél ligero balanceo en nuestro primer baile juntos y de aquella canción, nuestra canción. Ángel, clavando su mirada en la mía, subió una mano por mi espalda hasta llegar a mi nuca, donde la dejó acariciando mi corto pelo mientras que la otra descansaba en mi cadera. La diferencia de estatura era más que obvia, por lo que tuve que agacharme un poco para quedar a la misma altura, pero no me importó lo más mínimo porque por él lo hubiera hecho el resto de mi vida.

El baile acabó pero continuamos abrazados, sin poder dejar de acariciar con mis dedos la palma de su mano, notando un ligero sudor, fascinado con el tacto de su piel e incluso me sentí hipnotizado con su aroma. Ni siquiera nos preocupamos por integrarnos con el resto de los invitados y nos quedamos allí, besándonos como adolescentes disfrutando de su primer amor.

Nos sentamos en el banco, cogidos de la mano y sonrió antes de explicarme que su prima le había enseñado algunas fotos mías. Sin ningún tipo de pudor, reconoció que desde la primera vez que me vio se sintió atraído por mí. Esa confesión me enterneció hasta tal punto que cuando Julia me llamó al día siguiente para decirme que había organizado la fiesta para que nos conociéramos, afirmando que estaba segura de que éramos el uno para el otro, casi le pegué la gran bronca por no habernos presentado antes... Ella se echó a reír y antes de colgarme el teléfono me dijo que en varias ocasiones había pensado en hacer una cena para que nos conociéramos, pero que como yo era tan desconfiado, en especial cuando veía que alguien quería hacer de Celestina, nunca lo llevó a cabo para evitar una situación incómoda.

Desde el momento que salí por la puerta de casa de Julia con la promesa de que nos veríamos al fin de semana siguiente, no pude dejar de pensar en él. A cada paso

que daba, más tentado estaba a regresar a su lado, al igual que lo estuve de pedirle que viniera a casa, pero me reprimí las ganas para no asustarle. No quería darle la impresión que tenía prisa para meterle en mi cama cuando la realidad era que me moría por dormir abrazado a él. Si aquella noche se hubiera venido a casa, no le hubiera dejado irse jamás.

Caminé el escaso medio kilómetro hasta la parada de metro con su sonrisa de despedida grabada en mi cabeza, estremeciéndome cada vez que cerraba mis ojos, sintiendo cómo su mirada permanecía aún en mi retina, sin darme una pausa, empezando a echarle de menos como nunca antes había extrañado a nadie.

Me fui directo a la cama, pero no pude dormir. No dejaba de dar vueltas a mi cabeza pensando que era el tipo de hombre con el que siempre había querido estar, sin poder reprimir el miedo a no ser correspondido, a que solamente fuera un pasatiempo para él. Estar a su lado me hizo temblar, notándome extrañamente nervioso, con mis dudas acerca de si le seguiría gustando o, aún peor, sin saber si él estaría sintiendo lo mismo que estaba apoderándose de mí. La angustia se quedó a mi lado sin dejarme descansar ni cinco minutos y toda esa intranquilidad fue la que me acabó de convencer de que me había enamorado a primera vista, algo de lo que siempre me había burlado o mostrado escéptico cada vez que alguien me hablaba del tema. Y ahora ahí estaba yo, asumiendo que un par de horas a su lado habían bastado para que el amor, algo nuevo y en ocasiones casi impensable en mí, aflorara en mí al igual que un jazmín en verano.

—Bien —pensé levantándome de la cama y apoyándome en el cristal de la ventana con los brazos cruzados—. Aquí estas, amor. Bienvenido seas.

Trece años atrás mi corazón se llenó de un inesperado amor, haciéndome sentir feliz, lleno y vivo. Tragué saliva con la sensación de tener un nudo en la garganta. Miré al techo y a pesar de que mi estómago dio un vuelco logré contener la sensación de vacío y rabia que normalmente acompañaba a su recuerdo.

Capítulo 3

Al sábado siguiente de conocernos me levanté muy temprano, con unas ojeras terribles y muerto de sueño, pero contento porque era el día que vería a Ángel. Había pasado la noche trabajando hasta tarde en un proyecto que llevaba más de una semana de retraso porque básicamente se me había ido el santo al cielo y ni siquiera había hecho un simple boceto. Con un promedio de ocho horas dormidas en tres días conseguí tener un diseño que, cuando el cliente lo vio, se sintió fascinado.

Mientras me daba la mano para cerrar el contrato me quedó claro que es más importante saber vender que el producto vendido. Ese proyecto fue la más clara muestra de que no me equivocaba.

Estaba esperándole mirando por la ventana de la cocina, mordiéndome las uñas sin dejar de controlar la hora en el reloj del microondas. Cuando el portero automático sonó, mi corazón dio un vuelco y salí disparado para abrirle la puerta. Di un último vistazo al piso para comprobar que todo estuviera recogido y diera una buena imagen de mí.

Aunque hacía varios años que lo había comprado, me había preocupado poco (nada, mejor dicho) en decorarlo y tenía las cosas básicas que consideraba necesarias para mi día a día: nevera, lavadora, un lavavajillas que jamás había utilizado, mesa con dos sillas, un viejo sofá, una cama con una mesita de noche y poco más. Ni siquiera me había tomado la molestia de comprar lámparas, así que las bombillas continuaban colgando de los cables eléctricos sin que me diera por pensar que quedara mal. En mi habitación, las camisas y pantalones se apilaban en una vieja silla de madera porque en los armarios empotrados aún estaban las barras por colgar, con lo que las camisetas y jerséis estaban amontonados donde se suponía que debía haber alguna cajonera. Pero estaba limpio, eso sí, la mujer que venía dos veces a la semana se encargaba de mantenerlo todo en condiciones. También he de reconocer que siempre he sido bastante ordenado.

Salí al rellano y Ángel asomó por la puerta del ascensor vestido con unos tejanos negros y una camiseta naranja que le daba un aspecto informal muy distinto al de la

noche que nos conocimos. Igualmente le encontré guapísimo. Noté como me temblaban las piernas y mi corazón latía muy deprisa, pero lo disimulé muy bien. Todo mi miedo se desvaneció cuando vi su cara sonriente y me saludó con la mano, segundos antes de que hiciera algo que me encantó: se acercó, decidido, poniendo su mano en mi mejilla y me besó en los labios de la forma más natural del mundo.

Como se besan los novios al encontrarse.

Le hice pasar entre disculpas por cómo estaba el piso y él, tan tranquilo, se giró cuando llegamos al comedor para decirme que cada uno tenía la casa como le apetecía, por mucho que pudiera molestar a alguien.

—No es que me guste tenerlo así —le expliqué—, es que nunca he encontrado el momento de ponerme a arreglarlo. —Si es así— sonrió con su típica naturalidad, —ya lo harás cuando lo encuentres.

La expresión de tranquilidad reflejada en su cara me pudo y me aproximé para estrecharle entre mis brazos. No podía aguantar más las ganas de sentirle cerca, de besarle, acariciarle, llevarle a mi cama. Mientras le besaba, dejó caer su mochila y de una patada la dejó a un lado. Sin pronunciar una palabra le tomé de la mano, viendo como afirmaba con la cabeza en el momento que intuyó que le llevaría a la habitación, besándole sin parar de acariciarle, con prisa, sin poder esperar a estar en la intimidad de mi dormitorio. Luchaba por no dejar de sentirle mientras notaba como se iba estremeciendo, escuchando su voz se entrecortada y perdía el ritmo de respiración cada vez que metía mi mano por debajo de su camisa, ansioso por notar su piel, respirando su aroma que me estaba haciendo perder la cabeza.

Abrí la puerta del pasillo con tanta fuerza que chocó contra la pared y al llegar a la habitación, le giré para poder ver su cara mientras le abrazaba. Se subió a mi regazo, rodeándome la cintura con sus piernas. De dos pasos llegué hasta la cama y le senté, empujándole suavemente para que se estirara, quedándome de pie, mirándole. Me desabroché los pantalones intentando quitármelos torpemente y fue mágico como cuando terminé de desnudarme ni siquiera retiró su mirada de la mía para ver mi cuerpo o el tamaño de mi polla. Contemplaba mi cara casi sin pestañear, jadeando, deseándome. Aquello no estaba siendo simplemente un rato de sexo, era el comienzo de la mágica conexión entre dos personas que estaban predestinadas a estar juntos, el justo momento en el que los cuerpos de dos almas enamoradas estaban a punto de unirse para compartir un aliento, un latido de la única forma física en la que se puede exteriorizar el amor, un amor que había nacido entre nosotros con la fuerza devastadora de un huracán y la rapidez de un rayo.

Me encantó la naturalidad con la que al sentarme a su lado se desabrochó el botón del pantalón sin dejar de mirarme, besándome completamente poseído por el

momento y tomó mi mano para introducirla por debajo de sus ajustados bóxer negros, guiándome hasta su sexo totalmente erecto, sintiendo que me estaba excitando hasta el punto de volverme loco. Estuvimos haciendo el amor toda la tarde, hasta que exhaustos, empapados de sudor, se quedó dormido en mi regazo y le rodeé con mis brazos, como si le estuviera protegiendo de todo mal. Era imposible dejar de acariciarle, sintiendo como a cada caricia, necesitaba más, disfrutando de un delicioso cosquilleo en las yemas de mis dedos con su contacto, llevándome hasta un estado de catarsis infinitamente agradable. Cerré mis ojos y me dejé arrastrar por el momento, hasta que poco a poco, el sueño me pudo. El sol salió mientras Ángel remoloneaba a un lado de la cama, cogido de mi mano. Me giré para ver la hora en el despertador y me sorprendí al ver que eran más de las diez. Nunca antes había dormido tanto y tan bien. No había ninguna prisa para levantarnos pero necesitaba oír su voz, así que acerqué a él y poco a poco le fui dando pequeños besos por toda la espalda hasta que conseguí que abriera los ojos para mirarme y me dirigiera el primer «buenos días» con una sonrisa deliciosa.

En ese momento deseé que fuera el primero de muchos despertares juntos, el primero de la única persona que deseaba que pronunciara esas palabras cada mañana, dando comienzo a todos los días del resto de mi vida.

—Buenos días —contesté antes de darle un beso.

Nos abrazamos durante un buen rato y nos levantamos dispuestos a comenzar nuestro primer día juntos. Se metió en la ducha y cuando empezó a cantar, le dejé una toalla al lado de la mía antes de pasar por la cocina para preparar café. Abrí los armarios buscando algo para desayunar pero solamente encontré un par de paquetes de macarrones, así que regresé a la habitación para vestirme con la idea de bajar a la panadería de la esquina y acercarme al kiosco para comprar el periódico del día.

Subí los escalones de dos en dos cayendo en la cuenta de que no le había avisado de que salía un momento, y al abrir la puerta casi sin aliento, le encontré en la cocina sirviendo el café en dos tazas, las cogió y me llevó al comedor.

—He escuchado la puerta mientras me duchaba y he imaginado que irías a buscar algo para desayunar —dijo guiñándome un ojo cuando me acerqué para darle un beso en agradecimiento a su comprensión—. Tómate una ducha mientras termino de arreglar la mesa.

Dejé los cruasanes en la mesa y fui a darme un baño. Al salir, vi que había improvisado dos manteles individuales en la mesa con dos trozos de papel de cocina, y al no encontrar servilletas de papel, cortó otro par, dándoles forma de flor bajo mi atenta mirada. Me encantó el que se hubiera tomado la libertad de abrir los armarios o los cajones porque demostraba que se sentía cómodo. Al terminar el primer café, le

propuse que nos acercáramos a algún restaurante del puerto para comer una paella y le encantó la idea. Fue imposible contener la risa al ver que daba pequeñas palmitas como los niños cuando están entusiasmados por algo.

Nuestra primera cita duró treinta y seis horas pero me parecieron treinta y seis segundos. Nada más despedirse con un beso en el rellano que duró casi diez minutos, lo primero que hice fue llamar a Josep y Marc para explicarles entre risas que acababa de dar un beso de despedida al chico del que estaba enamorado, y que ese chico era mi novio. Quedamos para comer al día siguiente para explicarles con detalle quién era Ángel, pues Marc empezó a machacarme a preguntas y me apetecía verles en vez de pasar un rato por teléfono, siempre lo he encontrado muy frío.

Capítulo 4

Sentándome en el suelo de la terraza, cogí a Mafi en brazos para torturarlo a base de cosquillas en la barriga. Le llamaba sinvergüenza repetidamente sin dejar de reírme a carcajadas al ver su hocico abierto con la lengua colgando y su patita trasera tocando la guitarra, en apenas un minuto acabé con un gran lametón por toda mi cara, su forma de vengarse por hacerle travesuras. Le dejé a un lado con una palmadita en lomo y entré al comedor secándome la mejilla con la manga de la camisa.

En muchas ocasiones se dice que lo que tiene que ocurrir ocurre y es cierto, porque el día que Mafi llegó a mi vida, fue como si estuviera predestinado.

Aquel día lo tenía grabado en mi mente: hacía exactamente un año. No tenía ganas de pasear, aún así me obligué a bajar a la playa y compré un botellín de agua en el primer chiringuito que vi. Giré mi vista hacia un pequeño espigón de rocas al que me dirigí para sentarme en una de las varias tumbonas de hormigón que el ayuntamiento había colocado a modo de diseño vanguardista. Di un larguísimo trago de agua antes de estirarme y notar como la refrescante brisa marina daba una tregua al calor bochornoso que llevaba aguantando desde hacía rato. Con los ojos cerrados, mi respiración se fue acompasando con el sonido de las pequeñas olas que rompían contra las rocas. Fue un momento relajante, pero la tranquilidad me duró poco, porque algo húmedo me recorrió desde la muñeca hasta el codo y me reincorporé de un salto, encontrándome un perro de mediana estatura sentado sobre su muslo derecho, con la lengua fuera, sin dejar de mover la cola y su mirada fija en mí. — ¡Qué susto me has dado!— exclamé. Dio un pequeño ladrido y aguantándose con sus patas traseras, se me subió encima. —¿Y tú quién eres?— pregunté acariciándole la cabeza. Volvió a lamerme y me hizo sonreír. Comencé a acariciarle el lomo girando mi cabeza intentando localizar a su propietario sin ver a nadie que pareciera buscarle. Se le veía muy cuidado, con el pelaje perfectamente limpio y muy en forma. Tenía manchas marrones, negras y blancas dispersas por todo el cuerpo. Por lo torpón que era con sus movimientos, supuse que tendría pocos meses. Entre lametones busqué en su collar alguna identificación o algún número de teléfono, pero en la chapa con forma de hueso sólo se leía su nombre: «Mafi». —Vamos a esperar a tu amo, Mafi—

dije, como si estuviera hablando con un crío, sin dejar de buscar con la mirada a su propietario y él comenzaba a menear su cola. Estuve jugando con él durante más de una hora sin que nadie apareciera, por lo que empecé a preguntarme lo que haría con él, si dejarle allí sólo o llevármelo. La idea de dejarlo en la primera comisaría de policía no me hacía gracia, estaba convencido de que acabaría en la perrera hasta que le reclamaran, así que me lo quedé mirando, sentado nuevamente sobre su muslo derecho, sin apartar de mí su mirada tristonera pero vivaz, quedándome más claro aún que tenía que venirse a casa conmigo. Abrí la botella de agua, vertiendo un poco en la palma de mi mano a modo de cuenco y entendió que era para que bebiera, cosa que hizo hasta que se la terminó. —Creo que te vienes conmigo— dije mientras le acariciaba. —Pero primero tengo que llevarte a un veterinario. Volvió a menear su cola, como si me hubiera entendido y me levanté bajo su atenta mirada. Nada más dar un paso, comenzó a seguirme, confiado, como si estuviera convencido de que conmigo no iba a correr ningún peligro. Esa noble confianza me conmovió. Me hacía mucha gracia su forma de caminar tan elegante, con la cola blanca totalmente tiesa, sin alejarse ni medio metro de mí. Le tomé en mis brazos para atravesar la concurrida Avenida Litoral, y se quedó dormido como un bebé—. ¡Es un beagle precioso! —exclamó la joven veterinaria, nada más verme entrar por la puerta de la consulta. No tenía ni idea de que fuera de raza —dije rascándome la nuca. Acabo de encontrármelo. Al escuchar mis palabras, lo cogió de mis brazos y lo dejó en una camilla, sin dejar de sonreírle y decir lo guapo que era. Se dio media vuelta y buscó algo en un cajón, cuando lo encontró, se acercó decidida con lo que parecía un lector de códigos de barras, pasándoselo varias veces por el cuello sin que el aparato leyera nada. Después lo hizo por todo el cuerpo con el mismo resultado. Le miró en las partes internas de los muslos sin pronunciar palabra—. ¡Qué raro! —exclamó buscando algo en sus orejas. ¿Qué ocurre?— pregunté, extrañado. —Normalmente si no llevan el chip, tienen un tatuaje con un número de identificación, pero este perro no tiene ninguna de las dos cosas—. ¿Y qué tengo que hacer? —Pues yo te aconsejaría que de momento, te lo llevaras a casa hasta que aparezca su dueño. Pero si no puedes hacerte cargo de él, puedes llevarlo a la perrera municipal para que sean ellos quienes lo hagan—. ¿Y si no aparece? —Estará un tiempo en espera de que le adopten, pasado ese tiempo, lo sacrificarán. Salí de la consulta con una correa, un plato para comida de perro, otro para el agua, un cestito para que durmiera, una pelota de tenis de piel multicolor y después de que la veterinaria le calculara cuatro meses, también cargué con un saco de pienso para cachorros que encontré carísimo. Llegamos a casa y sin dudarle un momento fue al comedor, subiéndose al sofá justo en el lugar donde siempre me sentaba. Puse su cestito en el suelo bajo su atenta mirada, le hice un gesto con la mano para que entrara, él se bajó de un salto para olfatearlo y entrar muy tímidamente, cuando entendió que era su lugar, dio un par de

vueltas antes de quedarse dormido con la cabeza apoyada en sus patitas delanteras. Me enterneció. Por las tardes comencé a dar largos paseos, a la orilla del mar, escuchando el sonido de las olas rompiendo en la arena y sin fijar mi mirada más allá de la correa de Mafi. No me apetecía hacerme el patético bucólico con la vista perdida en el horizonte... No, eso nunca ha ido conmigo. Comenzábamos la excursión en Drassanes llegando hasta Nova Icària caminando despacio, sin prisa, preocupándome simplemente en respirar. Mantenerme vivo. Mafi, de vez en cuando, me daba algún susto al correr por la playa, perdiéndole momentáneamente, pero se acostumbró a los pocos días a venir a mi lado cuando le silbaba. Y así hasta el día de hoy, que ya no se escapa. Sabe cuál es su hogar, al igual que yo. Mafi se despertó y ladró insistentemente a un pájaro que se había acercado hasta la barandilla, pero éste, en lugar de asustarse y echar a volar, se lo quedó mirando como diciéndole que pasaba de él. Sonreí—. Menudo cazador estás hecho —pensé.

Llevaba instalado una semana en el piso y estaba encantado. Tuve la gran suerte de que los de la tienda de muebles contaran con la ayuda de una interiorista que se encargaba desde elegir el tipo de muebles hasta los cuadros que colgaban de las paredes, así que me limité a escoger entre los tres bocetos que preparó y en dos semanas el piso estuvo amueblado. Ni siquiera tuve que colgar una simple lámpara o una barra de cortinas porque todo estaba hecho.

Deshacer las cajas y colocar todo en su sitio me tomó todo un fin de semana, pero el resultado fue tan satisfactorio que mereció la pena: parecía un hogar.

Mi hogar.

Entrar por primera vez en el piso con todo su mobiliario se me hizo extraño, no ya sólo porque representaba el principio de una nueva etapa sin Ángel, también lo era para mi rutina laboral diaria, por mucho que la hubiera comenzado siguiendo la forma práctica de vida que aprendí a su lado: creando un entorno en el que me sintiera cómodo y relajado donde pasaría muchas horas entre trabajo y ocio. Un lugar sin que la costumbre de ver cajas de cartón de mudanza por colocar me hiciera cerrar puertas para no verlas y cualquier cosa que no fuera estar delante de mi ordenador me resultara cómodo. Y así lo hice.

Abrí un cajón para guardar el mantel individual que había comprado por la mañana, sabiendo que tardaría un tiempo en acostumbrarme a reconocer ese nuevo entorno como el mío. El típico olor de madera nueva me transportó a la tarde en la que al llegar de una reunión con los publicistas de «Madway», la cadena de moda inglesa para la que llevo trabajando desde mi comienzo en el mundo del diseño gráfico, me encontré a Ángel sonriendo en el recibidor.

Le besé rodeándole con mis brazos con cara expectante y me pidió que cerrara los

ojos, a lo que acepté mientras me guiaba con sus manos en mis hombros por el corto pasillo de entrada hasta el comedor, donde dijo que ya podía abrirlos. Al hacerlo me encontré con que los muebles que habíamos comprado hacía más de un mes estaban ocupando el lugar que él creyó idóneo.

No recordaba siquiera la composición y mucho menos de la distribución o del color de los sofás que ocuparon el centro de la estancia, pero el sentir que estaba convirtiendo aquél piso en algo más que un lugar dónde vivir me entusiasmó. Todo había pasado muy rápido, pero claro, ¿cómo calcular el tiempo transcurrido desde que conoces a alguien hasta que se convierte en tu pareja? En todo caso, sería una mera comparación porque con Ángel fue algo que ocurrió y solamente cuando estuvimos dentro nos dimos cuenta de que no importaba si hacía un mes o tres, porque nos habíamos enamorado y lo que importaba era la intensidad de lo que sentíamos cuando estábamos juntos, es más: nos dejamos llevar por esa sensación que tan bien nos hacía sentir y que procurábamos alargar todo lo que podíamos.

A raíz de conocerme salió del armario, enfrentándose a su padre y casi dejándose de hablar con su madre por el disgusto que había ocasionado a la familia. Pasaron las semanas y su madre quiso conocerme, por lo que tras meditarlo unos días, accedí y quedamos en una cafetería del centro, presentándose como la Señora del Doctor Simón, dándome la mano con una frialdad en su mirada más que evidente, procurando con cada palabra hacerme sentir que no merecía a su hijo.

Aquellas palabras frías y distantes fueron las únicas que me dirigió mirándome a la cara durante todos los años que estuvimos juntos. Jamás me quejé porque yo no era nadie para juzgar a su familia y aunque Ángel era consciente de ello, no consideré que tuviera que meter más baza para hacer la situación aún más incómoda. Él nunca dijo nada a favor o en contra, pero siempre lo comprendí: era su familia y se limitó a capear el temporal.

A las pocas semanas de aquel encuentro se presentó en casa con un par de maletas, pidiéndome entre lágrimas si se podía venir a vivir conmigo. Habían discutido una vez más por mí pero no aguantó más y haciendo caso omiso a la retirada de ayuda económica por parte de ellos, fue a su habitación, empaquetó lo necesario y tomó un taxi. Estaba muy nervioso, hablaba rapidísimo y casi no podía entenderle, pero cuando dijo que no sabía de qué íbamos a vivir, le preparé una tila. Temblando, dijo que tenía unos ahorros y que pronto terminaría su carrera, así que buscaría un trabajo que le permitiera combinar las dos cosas. Le puse una cucharada de azúcar en la taza y se la ofrecí, antes de besarle con toda la ternura del mundo y decirle que no tenía que preocuparse por nada, ya que las apariencias engañaban.

—¿A qué te refieres? —preguntó meneando la cucharilla—. Nunca te he hablado de ello —respondí—, pero creo que es el momento de decirte algo. —¡No me digas

que estás casado!— dijo con la cara desencajada. —¡No es eso!— le besé sentándome a su lado. —Soy tuyo, bobo. Su cara mostró alivio, sonrió y me cogió de la mano—. Lo que te quiero decir —proseguí—, es que no soy tan pobre como tus padres piensan. Volvió a sonreír, incrédulo. ¿No me estarás diciendo que eres rico? —preguntó en broma. Ladeé la cabeza, muy lentamente. Depende de lo que entiendas por rico, sí.

A principios de los ochenta comencé a trabajar durante los fines de semana para un matrimonio mayor de Barcelona en su casa de Tossa de Mar, en la Costa Brava. Solamente querían reformar el porche, pero cuando apenas faltaba un día de trabajo me preguntaron si me veía capaz de cambiarles las baldosas del lavabo, a lo que naturalmente les dije que sí. Una vez acabado, les gustó tanto el resultado que me propusieron continuar con la cocina, por lo que en principio iba a ser un trabajo de dos o tres fines de semana terminaron convirtiéndose en varios meses. Me cogieron tanto cariño que me trataban como a un hijo, incluso venían a buscarme en su coche para ahorrarme el dinero autobús y me prepararon una habitación para que me quedara la noche de los sábados y así pudiera descansar más tiempo. Pagaban muy bien, siempre puntual y con alguna hora de más en el sobre. Ella, Antonia, se preocupaba por cocinarme deliciosos platos y él, Ramón, siempre me ofrecía una cerveza para obligarme a tomar descansos.

Cuando no quedó nada por reformar, me dijeron que podía ir siempre que quisiera, que allí tenía mi casa. Fue tanta la sinceridad que vi en sus caras que asentí y comencé a ir un fin de semana al mes.

Tres años más tarde, pasando el puente de la Constitución con ellos, me comentaron que en su pueblo natal de Murcia, Calasparra, al que habían ido hacía poco para firmar los papeles de la venta de la casa que tenían allí, estaba en venta una gran extensión de tierra cercana a su finca. Me dijeron el precio y en comparación de cómo estaba la hectárea en Catalunya no me pareció exagerado, más bien ridículo, así que decidí ir a ver el terreno y no me desagradó la idea.

Lo pensé durante dos semanas y tras una fugaz segunda visita a la zona decidí comprarlo con la ayuda de un crédito e invirtiendo todos mis ahorros. Fueron un total de veinte hectáreas de melocotoneros de secano que al principio lo alquilé a una cooperativa para su explotación, pero que con los años y el aumento de los costes de producción no resultaron rentables, así que aprovechando la especulación del suelo y la construcción de cientos de urbanizaciones en la región para extranjeros, la mayoría ingleses, lo vendí a una constructora, multiplicando varias veces el precio que pagué.

No sólo tenía mi futuro más que acomodado, en el contrato pacté también una de las casas que allí levantaron.

Al poco tiempo, durante un pequeño paseo bordeando el mar de Tossa por el camino de ronda, ella me dijo casi entre lágrimas que habían puesto en venta la casa porque se veían ya mayores para seguir yendo los fines de semana y al no haber podido tener hijos, nunca habrían nietos que disfrutaran de la piscina. —Además— añadió él, cuando regresamos a la casa, —durante el invierno hace demasiado frío para dejar la ciudad y calentar todo esto. Cuando ha alcanzado una temperatura adecuada, casi es hora de volvernos a Barcelona.

Tenían razón, el frío allí es mucho más húmedo que el de la capital, así que sin pensármelo dos veces, después de la comida preparé café y les propuse un trato: permutar mi casa de Calasparra por esa.

En varias ocasiones me habían comentado que se habían arrepentido de haberla vendido, ya que su deseo había sido siempre regresar su pueblo tras la jubilación. Allí el clima era más agradecido y con el añadido de que con la diferencia del coste de la vida, vivirían mejor. Lo pensaron durante unas semanas, y una tarde me llamaron para decirme que aceptaban. En poco menos de seis meses vendieron su piso de la calle Balmes, firmamos el contrato de permuta y en cuestión de una semana tuve la casa en la que había trabajado como albañil en propiedad.

—Este piso también es mío —continué, viendo como prestaba atención a mis palabras con la boca abierta—. No tengo hipoteca, por lo que tengo muy pocos gastos. Llevo una vida muy sencilla, lo que no quita que de vez en cuando me de algún capricho como la moto. Seguirás estudiando —afirmé—, no tienes por qué preocuparte del tema económico porque me encargaré yo.

Mis palabras le pillaron tan de sorpresa que no supo si levantarse o quedarse sentado a mi lado, si ponerse a reír o echarse a llorar.

Reconozco que mi forma de explicarle mi situación económica no fue la idónea, pero siempre he creído que es algo de lo que nadie tiene que ir alardeando. Además, mi trabajo iba de maravilla, con nuevos clientes prácticamente cada mes, por lo que hice énfasis en que no teníamos que pensar de qué viviríamos, sencillamente nos preocuparíamos por vivir juntos cada día.

En ese momento no hizo ningún comentario, a los pocos días, simplemente me confesó que al verme siempre vestido tan «básico» pensó que yo era el típico despreocupado por lo material que vivía al día —cosa que por cierto le encantó—. Le pedí que no dijera nada a sus padres, porque de esa manera creerían que no saldríamos adelante y guardarían la esperanza de que las hipotéticas penurias económicas le hicieran regresar cabizbajo y derrotado para que así estuviera siempre en deuda con ellos. Algo que yo jamás les permitiría. Una cosa era estar al margen de su familia, otra muy distinta era permitir que lo anularan o intentaran manipular.

Entré al lavabo para lavarme los lametones de Mafi y me entraron unas ganas increíbles de comerme un plato de ñoquis al gorgonzola, por lo que decidí salir y acercarme hasta mi italiano favorito del Borne. Nada más abrir la puerta del restaurante el camarero me reconoció y me hizo pasar a la mesa que acostumbraba a ocupar cada vez que iba.

Al sentarme, vi que en la mesa de enfrente estaba Ricard, mirándome. Me saludó con la mano y cuando le contesté, la guapísima chica rubia de ojos azules que le acompañaba le dijo algo al oído con una sonrisa sin dejar de mirarme, por lo que intuí que el comentario era sobre mí. No nos habíamos visto desde la firma del contrato de compra en la oficina del notario, un mes atrás, y apenas fueron quince minutos en los que casi ni pudimos hablar porque cuando nos quedamos solos en el despacho recibí una llamada y me despedí casi en un susurro para no molestar su conversación. Ricard se levantó y se acercó para saludarme. Le di la mano mientras me ponía de pie y preguntó si me apetecía unirme a su mesa, indicando que no había nada más triste que comer solo. Estuve tentado de decirle que no me importaba, pero callé y accedí. En los escasos metros que separaban nuestras mesas se interesó sobre la mudanza, a lo que le comenté que ya estaba instalado.

—Ella es Raquel, una antigua compañera de clase —explicó haciendo énfasis en la palabra compañera. Le di la mano y ella se apresuró a darme dos besos—. Encantado —dije poniéndome la servilleta en el regazo.

Se hizo un silencio bastante incómodo que Ricard rompió explicando a Raquel que nos habíamos conocido de sopetón. Estaba convencido de que le iba a explicar que había sido durante la compra del piso y al recordar la escena del tropezón en las Ramblas no pude aguantarme la risa, a la que se unió él ante la cara de descolocada de ella que cuando pudo entender la explicación entre las carcajadas de Ricard, se sumó a una risa imposible de contener hasta que el camarero nos sirvió los platos y llenó nuestras copas de vino rosado. Brindamos por la comida secándonos las lágrimas y noté como Ricard bebía de su copa con la mirada clavada en mí. Me sentí sonrojar.

Raquel me preguntó acerca de mi trabajo y cuando le expliqué que era diseñador gráfico se llevó la mano a la cabeza diciendo que ella también lo era, pero que le había sido imposible encontrar trabajo de ello y que terminó aceptando un trabajo para una tienda de ropa de una conocida cadena. Al preguntarle cuál era, me hizo gracia saber que era «Madway» y se lo comenté.

—¿No me digas que eres tú? —exclamó dejando caer los cubiertos en el plato—. ¡No me lo puedo creer!

Ricard la miró, extrañado por su reacción al igual que yo, pero en mi caso era

porque me daba cierto reparo preguntarle si mi trabajo le gustaba o si por el contrario, le horrorizaba. Tras dudar unos instantes, lo hice, obteniendo una serie de elogios y buenas palabras que no esperaba. Repasé mentalmente las diferentes campañas que había diseñado para ellos y ninguna de ellas me pareció digna de tal halago, pero claro, una cosa es el resultado final tras semanas de trabajo en un proyecto que nunca acabas de retocar y terminas detestándolo y otra, el que la gente ve, ajenos a todo ello.

—Recuerdo aquella en la que se veía una tienda de «Madway» y la típica cabina de teléfono inglesa en medio de una pradera con un niño pelirrojo, sonriendo pero con rasgos evidentes de haber llorado, sujetando un globo con el logotipo de la cadena entrando en ella —dijo con una sonrisa.

Recordaba perfectamente de esa campaña: se trataba de hacer llegar el mensaje de que una vez salías de tu casa para entrar en una de sus tiendas, era como entrar nuevamente en tu hogar. A los niños les regalan globos con el logotipo de la cadena en todas sus tiendas, por lo que creí que haciendo entrar a uno que acababa de perderse en la cabina para llamar a sus padres para decirles que ya estaba en casa, bajo la atenta mirada de una dependienta que desde la entrada a la tienda sonreía, daría una imagen de confianza.

Al principio el publicista quiso situar la escena en las calles de Londres, pero me pareció que por muy inglesa que fuera la cadena, el color gris de la ciudad no iba mucho con el propósito de confort, así que le propuse elegir una pradera para dar una sensación de calma y tranquilidad, cosa que le encantó. Lo del niño pelirrojo fue más que evidente.

El tema de publicidad y diseño ocupó toda la conversación. Ricard, lejos de mostrarse aburrido, se mostraba interesado y hacía pregunta tras pregunta sobre el tiempo que llevaba programar una campaña.

—A veces puede pasar incluso un año —expliqué—. Depende de la importancia y, sobre todo, del retraso que lleve la misma.

Terminamos de comer y salimos del restaurante. Raquel comentó que le había encantado conocerme y se despidió de los dos con un beso en la mejilla. Ricard me propuso ir a tomar un café a un bar que conocía en el barrio gótico. Asentí y dimos un paseo hasta llegar un pequeño local de sólo seis mesas, con una apurada decoración mezcla entre moderna y barroca que daba muy buena impresión. Una camarera muy sonriente se acercó hasta nuestra mesa para tomarnos nota con un notable acento alemán y al dejarnos nuevamente solos, nos quedamos callados, mirando hacia la pared para no encontrarnos con la mirada. Ricard buscó algo en su bolsillo y sacó un paquete de tabaco, ofreciéndome uno con una sonrisa nerviosa. Aunque apenas fumo,

lo acepté y tras darme fuego encendió su cigarrillo. Se me quedó mirando muy fijamente, tomó aire y sin apenas pestañear, me dijo que tenía algo que contarme. Levanté mis cejas preguntándole que qué era y él, sin vacilar un momento, volvió a clavarme su mirada.

—Si me equivoco, lo siento —dijo tras aclararse la voz—. Me gustas.

Esas palabras me confundieron, incomodándome de nuevo. Eran ya muchas coincidencias y Ricard creyó que nuevamente había metido la pata precipitándose. Agachó su cabeza mientras mis pensamientos se remontaban nuevamente al pasado, recordando la cara de Ángel décimas de segundos antes de besarle.

—Te has quedado pálido, Eric —dijo Ricard haciéndome volver a la realidad—. Lo siento... —me disculpé, sabiendo que mi reacción le había incomodado hasta lo inimaginable—. Tengo que explicarte algo, pero no sé por dónde comenzar.

Su primera reacción fue decirme que no necesitaba oír ninguna excusa, que ya tenía edad suficiente como para aceptar un rechazo sin más. Escuchar esas palabras me hizo sentir mal. No, no era eso lo que me estaba descolocando. Era que tenía miedo de querer a alguien y tener que relegar a Ángel a un segundo plano, pero para poder llegar a ese punto de conversación tenía que explicarle quién era esa persona cuyos recuerdos revivían cada vez que nos veíamos. Algo demasiado doloroso e íntimo para explicar a alguien que acabas de conocer.

—Ricard —dije poniendo mi mano en su mejilla para que me mirara a los ojos—, también me gustas. No es lo que piensas.

Su cara reflejó una mezcla de sorpresa e incredulidad. Tomó un sorbo de café y encendió otro cigarrillo. Estaba claro que mis palabras le habían descolocado, pero no creí que fuera el momento ideal de abrir mi interior y aunque pensé que se merecía una explicación, me limité a explicarle que varios comentarios suyos recordaban a momentos vividos junto a Ángel, mi pareja durante toda una década.

—Es un tema muy difícil, Ricard —dije tomando otro cigarrillo de su cajetilla—. Por favor, de momento no quieras saber más. Si me das la oportunidad de seguir viéndote, con el tiempo lo comprenderás.

Asintió apretando sus labios y se quedó callado. Se había creado una situación muy incómoda, sin que ninguno de los dos supiera qué decir o de qué hablar, por lo que tras un par de minutos que parecieron horas, le pregunté si le apetecía un paseo para relajarnos un poco. Se levantó y tras pagar la cuenta caminamos muy despacio por el Moll de la Fusta hasta que llegamos al Parc de la Ciutadella, donde poco a poco la conversación fue fluyendo hasta alcanzar un nivel de tranquilidad y normalidad que ambos agradecemos.

Nos sentamos en el césped, cerca de la enorme fuente con pequeñas cascadas en la que varios críos se estaban bañando a pesar de los carteles de prohibición. Se escuchaba el sonido metálico de los zapatos de los bailarines de claqué que bajo la pérgola, a escasos cincuenta metros de nosotros, ensayaban sus pasos.

Miré a Ricard, que observaba divertido a los niños jugando dentro de la fuente y se giró diciendo que a veces echaba de menos la despreocupación de cuando era crío. Al ver que le estaba mirando casi sin pestañear, se quedó mudo de golpe y entonces fue cuando nuestras cabezas se fueron acercando a medida que el volumen de la música iba disminuyendo hasta que nuestros labios se besaron por primera vez, haciéndome sentir miedo, nervios, ternura... ganas de estar a su lado.

—¿Por qué yo? —susurró tartamudeando de nervios cuando nos separamos—. No lo sé —contesté tras un pequeño suspiro, apoyando mi frente en la suya—, pero no me importa.

Sabía perfectamente por qué me había fijado en él, pero tampoco era el momento de explicarle que lo que llamó mi atención fue que desde el primer momento me mirara con cara de curiosidad, de querer saber más de mí en vez del típico y efímero deseo sexual. Pensé que le hubiera dado la impresión de que iba por la vida de puritano y, aunque siempre he llevado una vida sexual bastante tranquila, tampoco he sido un santurrón.

—Veo la forma en la que me miras —le dije mientras me quitaba las deportivas—. Con eso me basta.

Aceptó el comentario levantado las cejas, mirándome como si fuera un bicho raro pero sin hacer más preguntas. Hubo un momento en el que al bajar mi mano, rocé la suya. Ricard, tímidamente la cogió y entrelazamos nuestros dedos. Sin dejar de mirar nuestras manos, me confesó que se había sentido atraído por mí desde el mismo instante, que cuando me miró desde la acera de la Ramblas, vio quién había sido el culpable de su caída. Cerré mis ojos, embriagándome con su aroma, sintiendo la tersa piel de su mano en la mía, transportándome a un lugar en el que ya había estado y al que no creí que volvería.

—Cuando te ayudé a levantarte del suelo me atrapó tu aroma —confesé. Estuvimos un buen rato tirados en el césped, cogidos de la mano, mirando las nubes, hablando sobre bandas sonoras y llegamos a la conclusión de que la de «Cinema Paradiso» era sin duda la mejor de todas. Siempre me he sentido devoto de Ennio Morricone y me gustó saber que coincidíamos en ese aspecto.

El sol se puso y comenzó a refrescar. Decidimos irnos del parque y seguimos nuestro paseo hasta que nos despedimos en la entrada de metro de Liceu, con un

tímido y fugaz beso, sin plantear volvernós a ver.

Ya en casa, pensé en retomar el proyecto de «Madway», pero me resultó imposible. No podía evitar pensar que estaba traicionando a Ángel al rehacer mi vida sin él, como si nada hubiera pasado, con unas sorprendentes ganas de volver a ver a Ricard pero sin dejar de sentirme culpable por ello. El estómago me comenzó a doler hasta tal punto que tuve que estirarme en el sofá, donde muy lentamente el malestar cedió y me quedé dormido.

No me desperté hasta la mañana siguiente con un fuerte dolor de cervicales y Mafi roncando entre mis piernas, como siempre.

Capítulo 5

Sentado en una de las sillas de la terraza, tomé un sorbo de té mirando de reojo a Mafi intentando cazar moscas, una costumbre que nunca le he podido quitar. Sonreí dejando la taza en el plato y caí en la cuenta de que era la única que quedaba de todo el juego que nos regalaron Josep y Marc la primera Navidad que Ángel y yo estuvimos juntos. Eran preciosas, de porcelana blanca con unas hormiguitas dibujadas subiendo por las asas, siguiendo el camino de las que estaban en el plato. Seguí la hilera con mis dedos mientras recordaba los primeros días de convivencia con Ángel, que dieron paso a semanas, y éstas a meses, hasta que diciembre llegó sin que nos diéramos cuenta.

No tenía ni un simple adorno navideño para el piso y se me ocurrió ir a esperarle a la salida de la facultad para acercarnos hasta el mercado de Santa Llúcia y comprar algunos en las muchas paradas que cada año allí se juntan. Me senté en un banco frente a la salida, confiando que no se quedara estudiando en la biblioteca. A los pocos minutos le vi salir, sosteniendo su maleta repleta de libros con una mano y los guantes en la otra. Me encantó ver su cara iluminada con una sonrisa cuando me vio, dejando a sus amigos a un lado con una rápida despedida y se acercó corriendo.

—¡Qué sorpresa más maravillosa! —exclamó tirándose a mis brazos—. Te echaba de menos —dije acariciando su cara.

Le propuse la idea del mercadillo y sin pensarlo ni un segundo se enfundó sus guantes de lana y accedió.

—Pero primero —objetó, levantándose—, necesito un café con leche. Estoy helado. ¡No sé cómo no tienes frío con esa chaqueta tan fina! —Ya sabes que no soy nada friolero. Vamos a una cafetería— afirmé, dándole una palmada en el trasero y cargando con su maleta.

Comenzamos a caminar sin parar de jugar a empujarnos con la cadera para echar el uno al otro de la acera. Después de entrar en una cafetería del gótico y tomarnos un café con leche, nos dirigimos a la plaza de la Catedral donde estuvimos un buen rato

dando vueltas por todos los puestos, disfrutando de la decoración navideña de la ciudad con villancicos de fondo y del ambiente que se respiraba por toda la plaza, sintiéndonos como niños al comprar todas las figuritas del Belén que veíamos: el establo, las ovejitas...

Ángel quería que fuera perfecto, lo más parecido a las fiestas familiares que nunca tuve y que para mí carecían de significado antes de conocerle. —Va a ser una Navidad especial— dijo arreglándose la bufanda. —Estoy convencido de ello— pensé echando un vistazo a las bolsas llenas de guirnaldas. —No me imagino estas fechas estando solo— soltó un suspiro, mirándome. —Ya no lo estoy— afirmé. —¡Quiero un árbol de Navidad!— exclamé mirando su preciosa cara. Nos acercamos hasta la parada de abetos sin poder evitar pensar que mi afirmación había sido completamente sincera, porque con apenas tres semanas de vida me abandonaron en la puerta de un convento de monjas Dominicanas en Segovia.

La Hermana Maravillas fue quien me encontró casi muerto de frío tras haber pasado horas a la intemperie envuelto con mantas dentro de un canastillo de mimbre y una breve nota de mi madre en la que figuraba mi fecha de nacimiento y el nombre con el que le hubiera gustado que fuera bautizado. Estaba muy resfriado y la fiebre me subió muchísimo por la noche y ella, al verme tan enfermo me puso en una improvisada cunita al lado de su cama, rompiendo todas las normas impuestas por la Madre Superiora, quien se lo permitió sin parar de repetirle que no se encariñara conmigo porque difícilmente llegaría vivo al amanecer.

—Lo haré —dijo ella—. El Señor no querrá llevarse a esta criatura tan divina.

No pegó ojo en toda la noche, aplicándome compresas frías por todo el cuerpo, hidratándome con una mezcla de agua y sal, rezando el Rosario. Su esfuerzo obtuvo su recompensa y me recuperé, aunque tuvo que pasar todo un año hasta que mi salud fue buena. Viéndome hoy en día nadie diría que durante mi niñez fui muy bajito y flacucho hasta el extremo de que el resto de los niños me llamaban «costillitas». Jamás volví a pillar un simple resfriado, ni siquiera en la actualidad.

El día de mi cuarto cumpleaños me regaló un muñeco de trapo hecho a mano con dos enormes botones verdes haciendo de ojos y lana naranja imitando mi pelo. Incluso le había cosido algunas pecas con punto de cruz.

—Sí, Eric —dijo muy dulcemente al ver mi cara de asombro—. Eres tú.

A pesar de haber sido un bebé pequeñito pero precioso (según ella), el color de mi pelo o mi blanca piel hizo que algunos matrimonios, en principio interesados en mí y completamente ajenos a mis problemas de salud de bebé, cambiaran de idea al verme, excusándose con que mi palidez era un síntoma de enfermedad o debilidad y que nadie creería que era realmente de ellos porque en sus familias no habían pelirrojos.

—No saben lo maravilloso que eres— decía siempre dándome un enorme abrazo.

Con su típica ternura se esforzó para ofrecerme una infancia más o menos normal, llenando mis momentos solitarios de cariño, comprensión y ternura. Me leía cuentos antes de dormirme, me tranquilizaba las noches de tormenta en las que los truenos me aterrorizaban y siempre tuvo una sonrisa para mí. Nunca me faltó lo básico para vivir, comida caliente a diario y ropa que confeccionaba, cosiéndola a mano o tejiendo mis jerséis para el invierno. Me enseñó a leer y escribir con la vocación de una verdadera maestra, a cultivar con cariño la tierra del pequeño huerto, a sembrar para recoger, a ser feliz con un simple tomate acabado de coger de la tomatera e incluso a fabricarme mis propios juguetes con cualquier cosa que encontraba por ahí. En su medida, tuve todo lo que un niño necesita para entretenerse y dejar volar su imaginación.

Puedo afirmar que en mi niñez jamás hubo un momento en el que me sentí desgraciado. Ninguno, en absoluto, ella se encargó de que no fuera así y fui creciendo feliz, a su lado, entre las frías paredes del convento que me acostumbraron a no tener frío, con largos paseos por el bosque cercano que, a pesar de su leve cojera, no había día que nos perdiéramos.

Me acostumbré a jugar en el bonito claustro que en primavera resplandecía con sus rosales rojos y amarillos, así como a ayudarle en el pequeño pero fructífero huerto de la parte trasera. Pasé infinitas horas en la oscura cocina, donde todas las hermanas, entre rezos, preparaban unas exquisitas yemas quemadas que les proporcionaban unos ingresos extras. Recuerdo que siempre me sentaba encima de la mesa, a su lado y me permitía jugar con las blondas de papel que adornaban las cajitas del delicioso postre.

No había una sola vez en la que no acabara con alguna caja vacía por sombrero, pues me divertía mucho ver los colores a través del fino celofán amarillo de la tapa y ella siempre me reprendía en broma.

Aún hoy en día, cuando entro en una pastelería, el dulce aroma del azúcar quemado me transporta a mi niñez, haciéndome sentir nostalgia al recordar sus divertidas risas jugando conmigo por todo el obrador. Llegué a la edad de escolarización sin que nadie quisiera quedarse conmigo, por lo que decidieron trasladarme a un centro de acogida en Barcelona. No me dijeron nada hasta que una tarde la Hermana Maravillas se acercó hasta el patio donde jugaba con la pelota de trapo que me habían regalado los Reyes Magos las últimas Navidades. Le miré y noté que había estado llorando, pero tenía su tierna sonrisa grabada en su cara. Dejé caer la pelota a un lado, dándome cuenta de que algo pasaba y dejé de sonreír porque, de alguna manera intuí que era la hora de despedirme de ella para siempre.

—No quiero irme de aquí —dije bajando la cabeza—. Yo tampoco quiero que te vayas, cielo —contestó sin dejar de mirarme—, pero el Señor así lo quiere. Me tomó

de la mano y me llevó a mi habitación, donde empezó a preparar mi pequeño petate hecho con tela de saco. —No es justo— me quejé antes de echarme a llorar. —Lo sé, Eric— dijo dándome el último abrazo. —Ojalá pudiera hacer algo, pero no puedo. Prométeme que te harás un hombre de bien, que estudiarás mucho y harás que me sienta orgullosa de ti. En ese momento no entendí sus palabras. Daba por hecho que al crecer todos los niños nos volvíamos buenas personas, acabábamos nuestros estudios y no había lugar para la malicia. Aún así, sin saber de lo que me estaba hablando, se lo prometí.

—Quiero que se quede con esto —dije dándole mi muñeco—. Dijo que era yo, así siempre estaré a su lado.

Me dio un beso y vi como se alejaba con la cabeza baja, llevándose el muñeco a su regazo sin mirar ni una sola vez para atrás, dejándome solo por primera vez desde que llegué. Me senté en la pequeña cama y dejé de llorar, mirando mi equipaje que descansaba en la silla de mi escritorio. Al poco rato la Madre Superiora vino a buscarme y me acompañó hasta la entrada del convento sin pronunciar ni una sola palabra. Sus pasos eran cortos, de pisada seca, pero rápida. Siempre me llamó la atención de que sus pasos fueran los únicos sin eco. La puerta principal se abrió y pude ver el autobús, esperándome con el motor en marcha. No me enfadé, tampoco dije nada, simplemente tomé el pequeño petate que descansaba en el suelo y salí del convento para irme.

Al igual que la Hermana Maravillas, no quise mirar atrás.

Pasaron los años en los que ya era consciente de que mi infancia estaba siendo atípica y se me hizo normal ir creciendo sin referentes paternos, supliendo esas carencias afectivas con la compañía de Mari Carmen, Marta y Juan Carlos, que también habían sido abandonados. Prácticamente teníamos la misma edad y teníamos en común la misma realidad familiar, por lo que fue sencillo que en poco tiempo nos convirtiéramos en inseparables y pasáramos todo el día juntos.

Nuestro juego favorito se llamaba «Mi familia será...», en el que nos inventábamos el tipo de familia que nos adoptaría. A Juan Carlos se le iluminaban sus bonitos ojos azules cuando fantaseaba con que vendría una familia muy rica que nos adoptaría a los cuatro, creceríamos como verdaderos hermanos y nunca nos separaríamos. Marta, la pecosa, decía que sus papás tendrían ya una hermanita de verdad a la que querría muchísimo y siempre estaríamos cerca, porque como todos nuestros papás serían vecinos, nunca nos alejaríamos. Mari Carmen, siempre intentando taparse con la mano el lunar que tenía en su mejilla izquierda, imaginaba que los suyos tendrían una frutería y se pasaría el día oliendo manzanas, su fruta favorita... Yo, en cambio, de alguna manera siempre supe que nunca tendría padres, pero me bastaba estar con ellos para sentirme bien.

Toda esa felicidad duró poco tiempo porque en poco más de un año fueron acogidos o adoptados y nunca más les volví a ver. Al principio lloré, echándoles de menos, consolándome con las cartas que de vez en cuando me mandaban, pero con el tiempo dejaron de llegar y perdí todo contacto. La ventaja de ser un crío es que te adaptas fácilmente a cualquier situación y me acostumbré a conocer a más niños que iban entrando y saliendo de mi vida sin que me diera tiempo a intimar con alguno de ellos, por lo que opté por no intentarlo siquiera.

En ese centro estuve hasta los catorce, estudiando y conviviendo con rígidos cuidadores que nos recordaban día a día lo agradecidos que teníamos que estar con ellos por estar allí, ya que de lo contrario estaríamos viviendo en la calle. Después pasé a un centro de acogida que dependía del ayuntamiento y allí terminé mis estudios, hasta que con dieciocho años empecé mi vida independiente, trabajando por el día de albañil y acudiendo a la universidad de noche, compartiendo un horrible pero amplio piso en el Raval con Josep, en el que más tarde se añadió Marc. Durante toda aquella época siempre tuve las cosas bien claras: nadie iba a regalarme nada, así que tenía que espabilarme como pude... De hecho, ya estaba acostumbrado.

Mi mejor día del año era el de mi cumpleaños, ya que recibía un paquete con una cajita de yemas y una felicitación de la Hermana Maravillas al que agradecía enviándole una carta en la que le explicaba cómo me estaba yendo la vida, poniéndola al día de mi nivel escolar y una foto para que viera en el hombre que me estaba convirtiendo. También enviaba un cheque para el convento, aunque fuera de mil pesetas. Ése era el único contacto que teníamos al año, pero me bastaba.

Al cumplir los veinte el paquete llegó con varios días de retraso, cosa que me extrañó, y al comprobar que la caja era más grande de lo habitual me puse a temblar porque supe que algo malo había pasado... Y no me equivoqué. Cuando la abrí me encontré la esperada cajita de yemas junto a mi viejo muñeco de trapo, todas mis cartas y las fotos que le había enviado. Rasgué el pequeño sobre y me sobresalté al ver que era una breve anotación de la Madre Superiora, en la que en pocas palabras me contaba que una semana antes de mi cumpleaños encontraron a la Hermana Maravillas en la cama, sin vida, con una sonrisa en su boca y el muñeco en sus manos. En su mesita tenía preparada la caja para enviármela junto a un folio en el que probablemente pensaba escribirme su felicitación.

Por muy surrealista que parezca, a partir de ese momento me sentí huérfano.

Aquella noche me costó muchísimo dormir, no podía dejar de pensar en ella y mi cabeza era un caos, sin saber cómo debía sentirme o actuar. Finalmente el sueño me pudo y me quedé dormido, pero me desperté cuando me vi a mi mismo en sueños, llorando desconsoladamente en medio de un jardín de rosas rojas y amarillas. Jamás

pensé que un llanto soñado me haría despertar envuelto en lágrimas reales, preso una profunda tristeza jamás antes sentida.

Trabajé muy duro para poder costearme la facultad, pues me habían concedido una beca que no era suficiente para cubrir todos los gastos y arrastré un cansancio terrible durante tres años, utilizando los ordenadores de la biblioteca del barrio para poder entregar mis trabajos, pero finalmente me diplomé en informática e hice un postgrado de diseño gráfico al año siguiente. Colgué la paleta y con mis ahorros me compré un ordenador.

El resto fue relativamente fácil y jamás me olvidé de mandar el donativo, que cada año aumentaba, pues las cosas me empezaban a ir bien.

La tarde en la que Ángel se interesó por mi pasado dudé en la forma de explicarle mi realidad. No quería dar la sensación de que había sido un niño expósito marcado por el abandono de sus padres, sumido en la autocompasión o sintiéndome culpable ante la imposibilidad de perdonar a mis progenitores. Más que nada porque no fue así, en absoluto: con apenas seis años, sentado en el asiento del autobús que me trajo de Segovia a Barcelona, mirando mis gruesos calcetines de lana gris hechos a mano, acepté que era un niño abandonado, sin más, sin darle vueltas al asunto y por supuesto, sin preocuparme en guardarles rencor. Lo que nunca he podido evitar es sentir cierta tristeza cada vez que subo a un autobús.

Con el paso de los años consideré que no necesitaba saber el motivo por el fui abandonado porque no cambiaría en absoluto mi bonita infancia. Nunca he sabido lo que es el amor de unos padres pero mi infancia estuvo llena del amor gracias al gesto altruista de una monja y, utilizando estas mismas palabras, se lo expliqué.

Nunca antes había visto a nadie tan afectado, incapaz de pronunciar una palabra, abrazado a mí repitiéndome entre lágrimas lo mucho que me quería y que jamás me dejaría solo.

Ángel dio sentido a mi solitaria vida.

Regresamos a casa cargados como mulas, él con todas las bolsas y yo con el abeto en mis hombros. En diez minutos estábamos sacando todas las compras y dejándolas en la mesa del comedor para revisarlas con el mismo tesón que los agentes aduaneros de un aeropuerto buscando entre las maletas de los pasajeros procedentes de Colombia.

Me hizo gracia colocar el árbol en el comedor y Ángel, viendo que tenía la misma ilusión de alguien que estuviera viendo el mar por primera vez, me dejó hacerlo solo mientras se dedicaba a montar el pesebre. Fui a la cocina a por un par de cervezas, le ofrecí la suya y puse el CD de villancicos que me habían regalado por la mañana en

el supermercado. Cuando empezó a sonar «Noche de paz», el timbre del teléfono rompió el encanto.

—Casa de la Navidad, dígame —respondí divertido—. ¿Puedo hablar con mi hijo? —preguntó secamente la madre de Ángel.

Le pasé el inalámbrico con una sonrisa y continué colocando el espumillón entre las ramas del abeto. Al terminar me di cuenta de que primero tenía que haber colocado las luces y me sentí el más torpe del planeta. Aún así sonreí y comencé a retirar las guirnaldas, girándome para decírselo a Ángel y vi que su cara estaba desencajada. Colgó el teléfono e intentando aguantarse las lágrimas que amenazaban con caer por su mejilla dijo que nunca creyó que su familia pudiera ser tan cruel. —¿Qué quieres decir?— pregunté, sentándome a su lado para consolarle. —No me quieren— tomó una gran bocanada de aire y con la palma mano se secó las lágrimas que no pudo reprimir. Le miré esperando su explicación. —Me ha dicho que siempre seré bienvenido si voy solo, pero que no me moleste en ir contigo porque no abrirán la puerta.

Esas palabras me hicieron daño pero no lo exterioricé porque consideré que Ángel ya lo estaba pasando fatal como para magnificar aún más la situación. A fin de cuentas yo vivía con el hijo, no con ellos, así que le tomé de la barbilla para que me mirara y acariciándole la mejilla, le dije que se creía que tenía que estar con ellos, que por mí no dejara de hacerlo. Me interrumpió diciendo que no quería negarme delante de nadie.

—No tendrás que hacerlo porque tienes mi aprobación —afirmé—. En todo caso seré yo quien se esté negando de cara a tu familia y a mí no me importa lo que piensen. Se quedó sin palabras, con la boca abierta. Aunque ahora no te lo parezca —continué con mi explicación—, te quieren, por mucho que no sea de la forma que esperas. Al igual que sé que tú también a ellos. —Me ha pedido que coma con ellos por Navidad. Sin ti— dijo en voz baja, sintiéndose culpable. —Bien— dije, antes de besarle muy dulcemente, —entonces comerás con ellos y yo me quedaré en casa disfrutando de las deliciosas sobras de la cena de Nochebuena que habrás preparado y cuando vuelvas, estaré esperándote con una copa de cava al lado del maravilloso árbol que estoy montando para pasar el resto de la tarde juntos. Me abrazó. Pero no quiero dejarte solo... Sonreí al notar que estaba un poco más aliviado. Desde que llegaste a mi vida, no estoy solo —fue todo lo que dije segundos antes de volver a besarle.

Coloqué la estrella en la copa del árbol y llamé a Ángel, que estaba en la cocina preparando la cena. —¿Qué te parece?— le pregunté, sintiéndome el hombre más feliz del mundo. —Precioso, Eric— me besó en la mejilla. —Pongámonos al lado y tomémonos una foto de recuerdo.

Fue hasta el mueble de la entrada, buscó en el primer cajón y sacó la cámara, gritando de contento como el que encuentra un tesoro. Me hizo poner a un lado del árbol y apoyó la máquina en la cómoda. Apretó el botón de disparo retardado y corrió para ponerse a mi lado, tomándome de la cintura. Cuando reveló el carrete, aparecí en la foto mirando el árbol con una sonrisa de bobo; en cambio, Ángel salió mirándome, sonriente, feliz. Yo también lo era, amándole con locura, deseando pasar el resto de mi vida a su lado, día a día, ofreciéndole lo mejor de mí.

Para la cena de Nochebuena, invitamos a Josep y Marc a cenar en casa. Ángel había llenado el comedor de velas y puso un centro de mesa con hojas de acebo y pequeños falsos paquetes de regalo que tardé horas en envolver. Al entrar, se quedaron de piedra al ver toda la decoración, el árbol entre los dos sofás con sus luces parpadeando y el pesebre en la mesita auxiliar.

—Ángel —apreció Josep, dándome dos botellas de cava para que las metiera en la nevera—, has hecho un milagro con este desastre pelirrojo. Ya será para menos —dijo él, quitando importancia a su comentario. Creo que únicamente he despertado en él una parte adormecida. Marc se echó a reír. ¿Adormecida? —preguntó, simulando secarse lágrimas. ¡Muerta, diría yo! Josep se unió a su risa y les pegué una colleja. ¡Que estoy aquí! —grité en broma. ¡Por lo menos esperad a que esté en la cocina para criticarme!

Eligió música de piano para la velada y una vez terminamos el pica-pica, me encargué de servir los platos que se había pasado todo el día cocinando: de primero la típica sopa de caldo con esos enormes trozos de pasta con forma de codo, de segundo canalones gratinados. El postre fueron los inevitables turrone, figuritas de mazapán y los polvorones que tanto odio seguidos de varias copas de cava. Durante la cena, había estado mirando la cara de Ángel, preocupado por si echaba de menos a su familia, pero no, estaba tranquilo, relajado, disfrutando tanto o más que yo de la pequeña celebración. Cuando me pillaba con la mirada clavada en él, sonreía, ponía su mano en mi muslo y se me acercaba al oído para decirme que me quería, que era muy feliz y que no cambiaría ese momento por nada en el mundo.

Dejamos la mesa y nos sentamos en los sofás, con nuestras copas en la mano, quejándonos de que estábamos muy llenos y asegurando que no nos cabía ni una sola figurita más de mazapán. Llegó el momento de los regalos, Marc y Josep estuvieron encantados con un cuadro de enormes limones que Ángel encontró por casualidad en una tienda de la calle Avinyó mientras que nosotros, nos sorprendimos con una bonita vajilla decorada con hormiguitas. Ángel cogió un cojín y se sentó en el suelo, entre mis piernas, con un brazo apoyado en mi rodilla y prestando atención a las anécdotas que Josep iba explicando del tiempo que vivimos los tres juntos. Me miró y dijo que le hubiera encantado conocernos en aquella época.

—No te hubiera servido de mucho —dijo Marc señalándome con la copa—. Éste se pasaba la semana entera trabajando y estudiando, apenas dormía y jamás hizo la limpieza del piso... ¡Ya estamos reprochando! —me quejé en broma, sabiendo que tenía razón. ¡No tenía tiempo! Josep me guiñó el ojo, haciéndome cómplice del comentario que iba a soltar. Por lo menos, él pagaba su parte de alquiler, cosa que OTROS no pueden decir... ¡Si me pasaba todo mi tiempo libre limpiando y cocinando para vosotros! —exclamó Marc—. ¡Sólo hubiera faltado que encima hubiera tenido que pagar mi parte! —Exactamente por eso jamás quise limpiar— dije segundos antes de ponerme a reír. Ángel brindó por el pragmatismo. —Bien hecho— añadió.

El móvil, que descansaba en la mesita, bajo la planta de albahaca, vibró avisándome de la recepción de un mensaje. Lo miré y junto al icono del sobre vi el nombre de Ricard.

Dejé la taza en el plato, volviendo a la realidad, maldiciendo por enésima vez al amor, cerrando mis ojos con rabia, apretando mis labios.

Hacía una semana que no habíamos estado en contacto y en mi estómago se formó un nudo cuando leí que proponía quedar conmigo para tomar un café en el centro. Le contesté que me parecía estupendo todo lo rápido que pude tras pelearme con el estúpido teclado de triple letra y el dichoso «autocompletar» del diccionario. Acertar con el botón de enviar fue toda una odisea, pero tras cuatro intentos, conseguí hacerlo.

—¡Con lo fácil que es hacer una llamada o enviar un correo electrónico! —me quejé.

Su respuesta fue rápida, citándome en media hora en Plaza Catalunya, junto al horrible monumento de dos escaleras invertidas, donde le encontré, sosteniendo una carpeta y viendo como su mirada me hacía arrancar una sonrisa. Me sorprendió gratamente la calidez de su beso en la mejilla, poniendo su mano en mi cadera, acariciándome fugazmente. Sí, me empezaba a gustar su manera de comportarse conmigo, carente de prejuicios por mostrar un gesto de cariño hacia otro hombre en mitad de la calle. Claro, que para los que vivimos en capitales grandes ni nos daríamos cuenta de que alguien camina a nuestro lado con un papagayo en la cabeza.

—Vas muy elegante —apreció, dándome una rápida repasada—. La semana pasada me animé a ir de compras a una de las tiendas de Madway —le guiñé un ojo—. Tengo montones de vales de descuentos que jamás he utilizado. —Pues has elegido bien. El verde pálido te queda genial—. ¡Gracias! —exclamé—. Conseguirás que me ponga colorado... Bueno —dijo guiñándome un ojo—, pues no insistiré más.

Comenzamos a andar por Pelayo y cruzamos para ir a la calle Tallers, caminando entre tiendas alternativas y un personal de lo más variopinto. Habían desde punkis con aspecto de haber vivido mejores épocas hasta los típicos pseudo-hippies, de esos que visten con ropa holgada a rayas, tocan la flauta y siempre están acompañados por varios perros. Entramos en un bar que él conocía y pedimos una cerveza. La camarera, una chica algo rellenita y con unas perfectas rastas que Bob Marley hubiera envidiado, nos sirvió las dos copas y se alejó tan sigilosa cómo se había acercado. Tras brindar, volvió a hacerse el silencio entre nosotros.

Sentía que mi corazón estaba dividido, porque por un lado quería estar ahí, con él, pero por el otro, el sentimiento de culpabilidad por darme la oportunidad de conocer a alguien me podía, me contrariaba, impidiéndome disfrutar de su compañía. Ricard era consciente de que algo me pasaba, pero como iba siendo ya costumbre en él, no preguntó nada, sonreía y en el momento que tomó el posavasos entre sus manos para desviar su atención, cerré mis ojos y comencé a hablar, con voz temblorosa.

—Hace tres años que perdí a mi pareja —pude decir—. Aún no he superado su muerte.

Se quedó petrificado, con los ojos abiertos. El posavasos cayó de sus manos, pero no hizo ninguna pregunta, dejando que me sintiera con la entereza suficiente para detallar lo que considerara preciso. Fui breve, apenas resumí en dos minutos un año infernal y dos años de lenta recuperación, omitiendo la forma tan injusta en la que murió y el sentimiento de culpabilidad que en ocasiones había destrozado lo que me quedaba de alma.

Aquella noche, dormimos juntos por primera vez y yo, todo un tiarrón de casi dos metros, me sentí protegido recostado en su pecho, sintiendo sus caricias de consuelo y el amor que comenzaba a latir nuevamente en mi corazón.

Nunca antes me había sentido así, era yo quién protegía y cuidaba a Ángel, quien le velaba cuando sufría de sus terribles anginas que incluso le hacían perder la voz y tenía que escribir en una libreta lo que necesitaba... Las cosas habían cambiado, y mi corazón dudaba entre el bienestar de saber que no te puede pasar nada malo y la desventaja de mostrarse débil.

Algo que por muy gay que fuera no dejaba de chocar contra mi forma de vida como hombre autónomo, independiente y capaz. Claro, que ahora es cuando veo que todo eso se fue con Ángel, quedándome desamparado, sin saber hacia dónde ir o, aún peor: sin ganas de querer ir.

Capítulo 6

Al poco de sincerarme con Ricard, nuestros encuentros fueron más habituales y una buena tarde le propuse vender mi antiguo piso. Sabía a ciencia cierta que jamás volvería a vivir allí. Para sorpresa de ambos, se vendió el mismo día que colocó el anuncio y quise ir a despedirme de mi viejo hogar.

Entré por el pasillo siguiendo la cenefa de la pared con las yemas de los dedos, convencido de que los nuevos propietarios no dudarían ni por un solo momento en taparla con un nuevo color de pintura, ajenos a la ilusión con la que Ángel la pintó aprovechando una vieja esponja de baño entre besos, risas y sus infantiles movimientos de lengua.

Diez años a su lado entre esas paredes, compartiendo mi vida en un estado de felicidad continua, sin una simple discusión o pelea. En ese piso fui todo lo feliz que una persona podía ser, loco de amor por alguien que me demostró día tras día que estaba enamorado de mí incondicionalmente, haciéndome sentir que cada momento juntos era especial. Viendo su cara al regresar a casa, con sus ojos brillantes, felices de verme, siempre con una sonrisa en sus labios...

Toda esa felicidad quedaría oculta tras una capa de pintura en un abrir y cerrar de ojos.

Entré a la que había sido nuestra habitación y me estiré en su lado de la cama, algo que no había hecho desde su muerte. Necesité mucho tiempo para acostumbrarme nuevamente a dormir solo, pero lo hice, al igual que dejar de utilizar el plural en mi vida. Estuve un buen rato allí, recordando la primera vez que nos vimos, la maravillosa expresión en su cara al sentir que estaba viendo al hombre del que se iba a enamorar perdidamente. Lo supo, desde el primer momento, al igual que yo.

—Te echo tanto de menos, Ángel —susurré cruzando los brazos sobre mi pecho.

Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Pensaba en la mañana en la que escuché el «clic» del termostato seguido de la llamada de la caldera, haciendo que

en pocos minutos los radiadores comenzaran a calentarse media hora antes de que sonara el despertador y al levantarnos no sintiéramos tanto frío. Diez minutos más tarde, el calefactor del lavabo se puso en marcha y Ángel se giró perezosamente, adoptando su típica postura fetal en la cama, acurrucándose en mi espalda para sentir mi calor. La alarma del despertador sonó a las siete en punto y lo paré sintiendo el frío fuera del edredón. Me acerqué a él, besándole muy suavemente en la nuca y se giró tomando mi mano entre palabras inteligibles, llevándosela al pecho para que le abrazara. Pasé el otro brazo por debajo de su cuello para rodearle con ambos, respirando el maravilloso aroma de su piel mientras le susurraba que no fuera holgazán, que tenía que levantarse si no quería llegar tarde al trabajo.

—No quiero ir a trabajar... —fue todo lo que pudo articular, muerto de sueño.

Me encantaba verle remolonear en la cama intentando ganar aunque fuera un minuto de sueño a la mañana. Procuraba hablarle en susurros hasta que tomaba el café, ya que decía que mi voz era muy grave... Demasiado para sus neuronas acabadas de conectar. Al principio me supo mal, pero me acostumbré. Me acostumbré tan fácilmente a su presencia en mi vida diaria que me importó bien poco dejar a un lado todas mis costumbres de soltero con tal de poder disfrutar de él.

¿Cómo intuir que aquella mañana sería la última que pasaría a su lado si había comenzado como todas las mañanas desde que vivíamos juntos? ¿Por qué no noté nada? ¿Por qué no le retuve en casa cuando me levanté y entré al baño mientras estaba duchándose para decirle lo importante que era en mi vida y que la simple idea de una vida sin él me aterraba?

Sin duda, ese tipo de cosas nunca se saben, simplemente ocurren.

—Me quedaré a comer en el centro —dijo abriendo la puerta de casa—. He quedado con unos compañeros de la oficina de Madrid. —De acuerdo— contesté acompañándole hasta el rellano. Apretó el botón del ascensor, balanceando el maletín que sostenía. —¿No se te olvida nada?— pregunté con una sonrisa divertida. Umm... —dudó por un momento. Te he dejado fuera del congelador un bote de salsa boloñesa para que te hagas macarrones —sonrió, mirando la puerta del ascensor que ya había llegado—. No es eso —me acerqué a él—, pero gracias. Dame la taza, si es que no te la quieres llevar al trabajo... La miró y sonrió. —Que tengas un buen día— dijo poniéndola en mi manos con un guiño de complicidad. Me besó, casi poniéndose de puntillas. —Tú también. Te quiero—. Yo más, Leprechaun de mi corazón —me sacó la lengua a modo de burla—, por mucho que te empeñes en utilizar esa camiseta vieja llena de agujeros y esos calzoncillos largos como pijama... —Pues a ti te queda genial ese traje marrón— solté, antes de que se cerrara la puerta tras de sí.

Me acerqué a la cocina a rellenar la taza de café y como es habitual, entré en el

despacho para dar comienzo a mi jornada laboral. Conecté el ordenador y mientras se iniciaba, levanté la persiana para dejar entrar los rayos del sol que comenzaban a salir, llenando la pequeña estancia de apenas ocho metros cuadrados de una confortable luz. Pasé el día intentando diseñar una página web para una cadena de tiendas de moda —competencia directa de Madway— sin llegar a ningún resultado que me convenciera. Había aceptado el proyecto sin tener ni idea de la imagen de la empresa, cosa que nunca hacía, pero para acabar de entorpecer más el asunto, arrastré un dolor espantoso de cabeza toda la jornada, con lo que estuve haciendo pausas cada dos por tres y eso no ayudó en absoluto.

Apagué la pantalla del ordenador, miré el reloj y vi que tenía tiempo de darme una ducha rápida y afeitarme antes de salir a la calle. Ángel me había llamado después de comer para decirme que estrenaban la última cinta de la Coixet y que le encantaría verla. Le dije que también me apetecía y quedamos en la entrada del cine para la última sesión.

—Mañana visitaré alguna tienda para orientarme —pensé, dándole vueltas al proyecto mientras buscaba una pastilla en el botiquín, sin encontrar más que una caja vacía.

La volví a meter en su sitio, puse la radio y me desnudé para entrar en la ducha, convencido de que un buen baño me calmaría el malestar, cosa que pasó: salí como nuevo. Quité el vaho del espejo con una mano, mirando el reflejo de mi cuerpo desnudo, pensando que no podía quejarme, ya que a pesar de mis cuarenta años aún conservaba un abdomen plano, unos brazos bastante fibrados y un pecho fuerte. Jamás he pisado un gimnasio. Sin duda, la genética estaba siendo generosa conmigo al mantener el formado aspecto que adquirí durante los años que estuve trabajando de albañil.

Me afeité en apenas cinco minutos, perfilando mi perilla con cuidado, procurando que quedara simétrica. Fui hasta el vestidor para elegir entre los tres tejanos que tenía, y mientras me ponía los primeros que vi, llegué a la conclusión de que Ángel tenía razón, que quizá era hora de tirar toda mi ropa vieja y empezar a comprarme ropa más bonita y elegante. Él siempre iba hecho un pincel, en cambio yo, con la excusa de trabajar en casa, me daba lo mismo coger cualquier cosa del armario y salir a la calle más ancho que largo. Alguna vez me había dicho que era una lástima que con mi percha siempre pareciera un hooligan acabado de salir de un partido del Manchester, pero nunca le hice caso. A parte de unos pantalones negros de pinza y una camisa lila «para las ocasiones más refinadas», el resto podía catalogarse como ropa adquirida en la peor tienda de segunda mano del Camden Market.

Salí a la calle y pasé por la farmacia para comprar una caja de ibuprofeno, pero una vez dentro, encontré a varias personas haciendo cola mientras una anciana

preguntaba a la farmacéutica el efecto secundario de las ocho cajas de medicinas que calculé que estaban en el mostrador. Decidí salir, no quería llegar tarde y por el letrero de puerta, comprobé que estaba de guardia, así que seguí mi camino hasta el cine pensando en regresar a la salida. Para variar, llegué pronto a la taquilla y saqué las entradas.

—Hola forastero —escuché a mi espalda, notando como me daban dos golpecitos en el hombro. Me giré sonriendo al reconocer su voz y me incliné, compensando los veinticinco centímetros de altura que nos separaban para darle un beso en los labios.

Comenzó la proyección y en la oscuridad de la sala, la cabeza volvió a dolerme. Creí que se me calmaría; pero no, a medida que la trama se iba desarrollando, aumentaba más mi malestar y fue imposible disfrutar de la película. Al salir le comenté que necesitaba ir a la farmacia y quiso acompañarme a pesar de que le insistí varias veces para que no lo hiciera.

—Ángel —le dije tomándole de los hombros—, está de guardia la de la esquina de casa, no hace falta que me esperes. Sube y comienza a preparar la cena. Iré en un minuto.

Dudó por un momento pero no accedió, negó repetidamente con la cabeza y me cogió de la mano. —¡Vale!— dije con una sonrisa, empezando a caminar. Volví a sonreír por su tozudez.

Entramos en la farmacia, no había nadie y en un instante salió la farmacéutica a la que le pedí el ibuprofeno. Con una sonrisa, envolvió la caja utilizando el típico fino papel semitransparente, y cuando me estaba cobrando, escuchamos la campanilla de la puerta. Un hombre de mediana edad con pinta de toxicómano y apenas cincuenta kilos de peso entró gritando, pistola en mano.

—Calma —le dije al tipo—, te dará lo que quieras, pero baja esa pistola Me puse delante de Ángel intentando protegerle mientras que la chica estallaba a gritos, diciendo que no quería morir. ¡Cállate, pelo panocha! —gritó apuntándome con el arma, sin apenas pulso. ¡Y tú dame lo más fuerte que tengas y el dinero de la caja o disparo! —volvió a gritar a la farmacéutica que aún se puso a gritar más.

Ésta, tras varios intentos con la máquina registradora, atinó a abrir el cajón y le dio todo el dinero. Cuando se dispuso a entrar en la rebotica a por los fármacos, volvió a apuntarme exigiéndonos las carteras y todo lo que lleváramos de valor. — ¡No pienso darte mi cartera!— le gritó Ángel. —¡Dásela!— grité yo, buscando la mía en el bolsillo trasero de mi pantalón. —¡Dámela ya!— gritó con una expresión desencajada. —Si la quiere, que la coja— dijo dejándola en el mostrador. —No hagas nada, por favor— le pedí, casi en un susurro. —Sé lo que me hago— contestó en un tono de voz que no me gustó.

El yonqui dudó por un momento en acercarse o no, pero finalmente lo hizo.

Lo que pasó después apenas ocurrió en unos segundos: Ángel le cogió de la muñeca y ayudándose de todo su cuerpo le hizo saltar por encima de él, arrojándole contra un expositor de caramelos sin que me diera tiempo a hacer nada. El arma cayó a un lado, pero no lo suficiente lejos como para que desde el suelo, entre forcejeos, la recuperara y disparara. Sentí un dolor en el hombro tan profundo que me hizo caer de rodillas. No fui consciente de que sangraba hasta que me llevé la mano al hombro y noté que mi camiseta estaba empapada. Me senté como pude, apoyando mi espalda en el mostrador, intentando en vano frenar la hemorragia con mi mano incapaz de moverme de dolor, viendo como se enzarzaban en una tremenda y frenética lucha, uno intentando deshacerse y el otro desarmarle entre gritos e insultos. Ángel estaba encima de él, sentado en su estómago, le tenía cogido con una mano por el cuello y con la otra por la mano que sostenía la pistola. Se giró un segundo y me vio en el suelo, momento que el atracador aprovechó para dispararle. Pude ver como cayó fulminado encima de él, inmovilizándole.

Grité.

Grité repetidamente como nunca antes y no reconocí mi voz. Fue un rugido, un fuerte sonido grave seguido de todas las maldiciones posibles en este mundo hacia ese hijo de puta. Me arrastré hacia él, sintiendo a cada movimiento como si me estuvieran desgarrando el hombro, gritando de dolor y dejando un reguero de sangre. Vi la pistola encañonándose mientras intentaba deshacerse del cuerpo de Ángel y cerré mis ojos, escuchando varias veces el sonido del gatillo sin oír ninguna detonación y cuando estuve lo suficientemente cerca, utilicé el grueso del talón de mi zapato para pisarle repetidamente la mano, con fuerza, con saña, notando a cada pisotón cómo le iba rompiendo los dedos hasta que finalmente soltó el arma. Sentía que me moría de dolor, pero me puse de rodillas y con el puño cerrado empecé a golpearle en la cara, rompiéndole la nariz para dejarle inconsciente del dolor. La cara del tipo apenas era hueso y piel pero no paré de golpearle hasta que sus ojos se quedaron en blanco.

Me dolía la mano y al mirármela, me di cuenta de que me había roto dos dedos.

Se hizo el silencio y muy cuidadosamente giré a Ángel, temblando, diciéndole que ya estaba, que ya no había peligro, pero su cuerpo quedó tal como la inercia quiso, dejando a la vista el orificio que la bala había provocado en su frente. No le noté el pulso e intenté practicarle la reanimación. A cada intento de presionar su pecho, mi hombro parecía recibir una descarga eléctrica y, aún así, con la otra mano empecé a presionárselo, como humanamente podía. Dios sabe que intenté salvarle la vida, pero no sirvió de nada.

Empecé a llorar, gritándole que no me dejara, que se quedara conmigo y volví a masajearle el pecho. La farmacéutica salió del mostrador después de llamar a la policía y trató de ayudarme, pero ya no hubo nada que hacer.

No sé el tiempo que estuve intentando devolverle la vida, pero cuando llegaron los sanitarios, necesitaron tres policías para separarme de su cuerpo entre mis súplicas de que me dejaran estar a su lado. Me subieron a una camilla y vi como cuando llegó la otra, uno de ellos miró a su compañero negando con la cabeza, dándole a entender que no intentara nada.

Días más tarde el forense confirmó que antes de caer desplomado, Ángel ya estaba muerto.

Me metieron en la ambulancia meneando torpemente la camilla, entre prisas y gritos de los camilleros. Antes de que cerraran la puerta, vi por última vez el cuerpo de Ángel, tendido en el suelo, con su traje marrón.

Le faltaba un zapato. En ese momento, la certeza de que jamás volvería a estar con él me derrumbó y perdí el conocimiento.

Abrí los ojos al notar el tacto de unos labios en mi frente. Lo veía todo como si estuviera en medio de la niebla, sin poder ver más allá de mi nariz. Tardé unos segundos en poder enfocar mi vista y, cuando lo hice, reconocí a Josep, cogido de la mano de Marc, reflejando tanto dolor en sus rostros que no hizo falta que me confirmaran que no había sido un sueño. Tenían los ojos hinchados de haber estado llorando, aunque intentaron disimularlo mostrándome una forzada sonrisa reconfortante.

—Ha muerto —susurré desviando mi mirada al sentirme totalmente culpable—. No pude hacer nada para evitarlo. —Nadie pudo hacer nada— dijo Josep con la voz temblorosa, segundos antes de echarse a llorar. Marc le tomó por el hombro y se lo acercó a su pecho. Calma —le acarició la mejilla—, tenemos que ser fuertes. —¿Cómo se supone que voy a poder vivir ahora?— pregunté, notando como la primera lágrima de muchas me quemaba la mejilla.

Los dos se acercaron a la cama, uno por cada lado y se sentaron a mi lado. Estamos aquí —dijo Josep, secándome las lágrimas—. Saldremos adelante. Me siento muy cansado, casi no puedo hablar —dije arrastrando las palabras. Es por la medicación, te han sedado —me explicó Marc, acariciándome la frente. Procura descansar mucho para reponerte lo antes posible.

Marc asintió dándole la mano, formando un triángulo con nuestros brazos extendidos, mientras la sensación de vacío empezaba a apoderarse de mi alma.

—Hay que avisar a sus padres. Jamás me lo perdonarán —fue lo último que dije

—. Están en camino —dijo Marc, intentando aguantar las lágrimas—. Les han llamado desde comisaría. Tienes que ser fuerte. —No lo lograré— pensé, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener mis ojos abiertos.

Josep acercó la butaca a la cama y se sentó muy despacio, tomándome nuevamente de la mano. Cuando a la mañana siguiente abrí los ojos, le encontré dormido con la cabeza apoyada en el colchón, con su mano aún en la mía. Alguien le había puesto una manta por encima, probablemente Marc, antes de irse. Le solté y le acaricié la cabeza, sintiendo que le quería como a un verdadero hermano.

Di el último paseo por el piso, cerrando las puertas de las habitaciones y bajando las persianas para evitar que al mediodía pareciera un horno. Me dirigí hasta el recibidor y di una vuelta a mi alrededor, echando el último vistazo, haciendo fotos mentales para no olvidarme jamás de un solo detalle.

Había hecho de Ángel mi mundo, y él hizo de aquellas paredes nuestro paraíso. Di por sentado que siempre estaría a mi lado, haciéndome sentir pleno, feliz. Fue la primera persona que me quiso tal como era, con mis torpezas, mis dejadeces y mi más que simple forma de ser. Hasta que llegó a mi vida, había conocido a muchos hombres que se les notaba a la legua que estaban conmigo porque me encontraban atractivo, con un evidente vacío en la relación que únicamente se complementaba en los momentos de sexo. Claro, que tampoco ayudaba el que yo fuera tan frío y poco cariñoso. Solamente Ángel había despertado el lado tierno y protector que había en mí décimas de segundo después de besarle por primera vez en el jardín de Julia, antes de abrazarle porque fue imposible reprimir el deseo de tenerle cerca de mí. Recuerdo que no cerré mis ojos hasta que sentí sus labios, quise ver su cara, su mirada fijada en mí lo más cerca posible hasta que me invadió el sentimiento en apenas unas décimas de segundo.

Dejé caer las llaves en el mueble de la entrada y el sonido metálico del llavero con forma de estrella al chocar contra la madera resonó tímidamente por el pasillo. Segundos después cerré la puerta de golpe y ya en el ascensor, rompí a llorar. Cuando conseguí calmarme, aspiré profundamente y apreté el botón de la planta baja por última vez.

Aquél ya no era nuestro piso.

Al llegar al rellano me encontré con Ricard, que había estado esperándome durante todo el rato sentado en un escalón de la portería, leyendo un libro conectado a su reproductor de música. No había querido acompañarme creyendo que era mejor que fuera yo solo para que no reprimiera mis sentimientos. Se lo agradecí eternamente.

Vio que había estado llorando y me abrazó muy lentamente, haciendo que

apoyara mi cabeza en su hombro mientras mis brazos buscaban su cuerpo para reconfortarme sintiendo su calor, el aroma de su piel y su vida.

—Estoy contigo —susurró a mi oído—. Cuento con ello, Ricard. Cuento con ello.

Salimos del portal y fuimos caminando cogidos de la mano hasta la Rambla del Raval, donde nos sentamos en una de las terrazas que quedan enfrente del hotel con forma redonda. Ricard pidió una cerveza y un café con hielo.

El sol se fue escondiendo muy lentamente, sin que nos diéramos cuenta porque empezamos a hablar sobre música. Me encantó que Stevie Nicks fuera también su voz femenina favorita. Recordamos temas que la lanzaron a la fama con Fleetwood Mac y sus propios temas en solitario. Empezamos a tararear Seven wonders cuando las luces lilas de la fachada del hotel se encendieron, dando un aire chill-out a toda la terraza. Nuestro canturreo terminó y nos miramos sonriendo.

Me gusta el color lila.

Capítulo 7

Me apresuré a encender el horno para que la espalda de cordero se mantuviera caliente, al igual que los entrantes: champiñones al ajillo y gambas al cava. El pastel de puerro y espárragos lo metí en la nevera. Josep y Marc venían a cenar y quería que fuera perfecto, tanto que incluso había comprado un pastel de trufa con dibujitos de nubes.

Puse la mesa, sin dejar de pensar en lo afortunado que me sentía al contar con ellos en mi vida. Conocerían a Ricard y estaban más nerviosos que yo.

El día que salí del hospital, Josep abrió la puerta de mi antigua casa, dejando mi mochila en el suelo del recibidor y se giró, jugando con el llavero para hacerme un ligero gesto con la cabeza para que entrara, diciendo que ya estaba en casa.

Desde el rellano al pasillo de la entrada me quedó claro que cualquier detalle, por mínimo e insignificante que fuera, me llevaría siempre a Ángel y no estaba preparado para ello. La simple visión de un hogar sin él me hizo encoger el corazón y me impidió dar un paso siquiera. No quería comenzar mi vida sin él. Me aterrorizaba la idea de vivir allí sin escuchar su música, su voz, su vida. Imaginarme sentado delante del ordenador como si nada hubiera pasado, respirando, sintiendo los latidos de mi corazón cuando el de Ángel se había parado para siempre, me pudo. Tuve que sentarme en el suelo para no caer de bruces.

Para Josep ese momento también tuvo que ser muy duro, pero dejó a un lado toda su tristeza para sostener lo que quedaba de mí.

Apenas un par de horas antes en el hospital, mientras me ayudaba a vestir me había preguntado repetidas veces si me veía capaz de estar solo, ofreciéndome su casa para instalarme hasta que estuviera recuperado, y yo, creyéndome fuerte, le había insistido en que estaba bien, que me encontraba con fuerzas y que necesitaba estar solo.

Pero me equivoqué. —No puedo...

Me miró sin decir nada. Se sentó en el suelo, a mi lado y dejando su mano en mi

hombro, me dio las llaves de su coche y el entró a prepararme una maleta. Nos íbamos a su casa.

—No te preocupes por nada —me acarició la nuca—. Ya me encargo de todo. —Gracias— dije, torpemente mientras comenzaba a bajar las escaleras, incapaz de esperar al ascensor.

Abrí la puerta del coche y me senté con la mirada perdida en el patio del colegio que tenía enfrente, sintiendo que me estaba muriendo. No podía respirar, el sol me estaba cegando y no sabía qué hacer. Bajé la ventanilla intentando tomar aire y automáticamente los gritos de los niños, jugando ajenos a mi drama, me ensordecieron. Me tapé los oídos pero no sirvió de nada.

Josep bajó cargando la enorme maleta roja de Ángel y mi chaqueta de pana marrón, lo dejó todo en el maletero y se metió en el coche, cerrando suavemente su puerta. Puso su mano en mi pierna con una expresión en su cara que, lejos de reflejar compasión, me alivió. Podía contar con ellos. Lo abracé torpemente, sujeto con el cinturón de seguridad y me besó muy dulcemente en la frente. No dije nada, una lágrima cayó por mi mejilla pero se apresuró a secarla con su pulgar.

—Eric —susurró, con una pequeña sonrisa, pasando su mano por mi flequillo—, tu vida no acaba aquí.

Puso en marcha el motor del coche y muy lentamente se incorporó a la circulación para llevarme a su casa, con Marc, quien se había apresurado a prepararme la habitación de invitados nada más llamarle Josep diciéndole que íbamos para allí.

—Me ha dicho que esta noche te hará fettuccini a la carbonara —dijo Josep, mirando por el retrovisor.

Hacía años que no los había probado. Siempre que me invitaban a comer, Marc decía que después de prepararme tantas veces ese plato cuando compartíamos piso se hartó de ellos. Reconozco que me gustaba tanto que no me importaba en absoluto cenar lo que había sobrado de la comida...

El coche giró por Torrent de l'Olla y a la segunda calle, volvió a girar accionando el mando a distancia de la puerta de su garaje. Entró en el parking con mucho cuidado para no rozar los bajos del coche con el bordillo y nada más accionar el freno de mano, se apresuró a salir para abrirme la puerta y ponerme la chaqueta por encima de los hombros.

Yo, el independiente Eric, el grandullón de Eric, me sentía más torpe de lo habitual, desplazado, indefenso, muerto de miedo y con un futuro nada claro. Lo único que me consolaba era saber que iba a estar con mis mejores amigos, y doy

gracias a ellos, porque no sé lo que hubiera sido de mi vida de no haberles tenido a mi lado.

Marc abrió la puerta y me dio un gran abrazo, haciéndome pasar mientras me quitaba la chaqueta.

—No hace falta que te digas que esta es tu casa, ¿verdad? —preguntó poniendo su mano en mi hombro—. Lo sé —dije mirando al suelo—. Quizá quieras descansar un poco —dijo apagando la radio—. Si quieres, ve a la habitación de arriba, es la que te he preparado.

Asentí con la cabeza y salí a la terraza para subir por la pequeña escalera metálica de caracol a lo que en su tiempo fue un palomar. Habían colocado una mesa de con un par de sillas y una maceta con una buganvilia de color lila, dando una calidez muy acogedora. El lugar apenas medía unos quince metros cuadrados, pero parecía muchísimo más amplio. Lo habían adaptado como un pequeño estudio poniendo un sofá cama, un escritorio e incluso pudieron añadir un baño con plato de ducha.

Josep subió con la maleta y se ofreció a colocar la ropa en las estanterías, cosa a la que me negué. No estaba inválido, sólo herido. Deshice la maleta como buenamente pude y me senté en el suelo, mirando hacia la pequeña ventana a la que Marc había decorado colgando unas cortinas de ganchillo hechas por su abuela. En medio del bordado, se podía distinguir un enorme pavo real. No podía pensar en nada, me sentía bloqueado, fuera de lugar, incapaz de regresar a mi casa, nuestra casa. Me reincorporé, sintiendo la tirantez de los puntos, doliéndome, sin ser consciente de que ese dolor hacía que sintiera que estaba vivo, que seguía en esta vida por muy perdido y desorientado que estuviera.

El funeral había sido el día anterior, con toda la familia de Ángel ignorándome, dejándome a un lado. Algunos de sus amigos me dieron el pésame, pero sus padres no se acercaron para preguntarme cómo estaba, ni siquiera Eva, su hermana mayor, con la que en varias ocasiones habíamos cenado e incluso pasado algún fin de semana juntos. Solamente Julia se quedó a mi lado, junto a Josep y Marc, en el último banco de la iglesia de Santa María. Cuando terminó el oficio, se informó a los asistentes siguiendo sus deseos, los familiares más cercanos acompañarían al féretro hasta el crematorio de Collserola, donde despedirían sus restos.

No me dijeron nada, ni siquiera cuando al salir, su madre me vio llorando, destrozado, y se limitó a dirigirme una fría mirada.

Estaba claro que para ellos yo había sido el culpable de que su hijo dejara su casa, del distanciamiento que hubo entre ellos porque jamás me aceptaron como a la pareja de su hijo, por supuesto era el responsable de su muerte. Pero no necesitaba la ayuda de nadie para sentirme culpable, ya tenía suficiente por no haber esperado cinco

minutos en la farmacia por mi maldita costumbre de no retrasarme ni un minuto, lo que le hubiera salvado la vida.

Un grupo de jóvenes borrachos gritando por la calle me despertó en la madrugada y ya no pude dormir. Sin duda, uno de los pocos inconvenientes de vivir en según qué calles del barrio de Gracia. Se apoderó de mí un ansia terrible que me impidió respirar, sin dejarme en paz ni por un segundo, angustiándome a cada bocanada de aire que tomaba intentando calmar el dolor que me estaba destrozando. Supe que mi vida jamás sería la misma sin él, que toda la tristeza que jamás había tenido lugar en mi corazón, ni siquiera de niño, se quedaría ahí, para el resto de mis días, haciéndome daño, recordándome que difícilmente volvería a sentirme acompañado. Pasé el resto de la noche estirado en el sofá, con la luz apagada y la mirada perdida en el techo.

Sonó el portero automático y al acercarme al interfono pude ver en la pantalla la cara de Ricard, sonriéndome antes guiñarme un ojo. Apreté el botón de apertura y dejé la puerta del piso abierta mientras regresaba al comedor para terminar de poner la mesa. Escuché la puerta cerrarse y al girarme me lo encontré de frente, con una mirada que expresaba mucho mejor cualquier palabra que quería estar allí, conmigo.

Me besó y se lo devolví junto un gran abrazo, acercándole a mí, notando como me iba excitando. Por el bulto de sus pantalones, él también lo estaba. Miré la hora, aún faltaba media hora para que supuestamente se presentaran Josep y Marc, contando además con el cuarto de hora de retraso típico en ellos, así que sonriéndole, le llevé de la mano hasta la habitación.

—Tenemos tiempo —fue todo lo que dije mientras cruzábamos el comedor.

Aún no habíamos tenido sexo. No me sentía con el derecho de sentirme vivo en ese sentido porque no podía evitar pensar que sería una falta de respeto hacia Ángel, pero la cara de Ricard cuando estábamos juntos, su manera de hablarme, su forma de hacerme saber que estaba a mi lado o la paciencia que me estaba demostrando, me iba conquistando poco a poco, abriéndose un hueco en mi corazón destrozado, llegando a sentir que lo estaba recomponiendo.

Esa misma tarde lo hicimos por primera vez, lejos del pleno disfrute sexual que se supone que debe ofrecer el acto. Fue bastante torpe, incómodo en algunos sentidos y en ocasiones, poco placentero. Me senté en el borde de la cama sintiendo que le había fallado. Él se acercó a mi lado, poniendo su mano en mi pierna y me besó en el cuello. No dijo nada, pero de la manera en la que apoyó su cabeza en mi hombro me tranquilizó, como era habitual.

—Poco a poco, Eric —me susurró antes de reincorporarse para vestirse.

Capítulo 8

La mañana se levantó gris pero no cayó ni una sola gota. Tenía pereza para ponerme delante del ordenador y decidí acercarme hasta el mercado de la Boquería para desayunar y darme un paseo.

En una de las paradas de la entrada me sorprendió encontrar bandejas de frutos de madroño porque es un arbusto que abunda en las montañas cercanas a Tossa y había comido infinidad de veces el pequeño y áspero fruto, aun habiendo sido advertido por Antonia de que un exceso de ellos, emborrachaban. Siendo sincero, jamás llegué a notar nada.

Compré una pequeña bandeja y salí del mercado para dirigirme hasta el puerto, donde me senté en uno de los escalones de lo que en su día tuvo que ser un pequeño embarcadero. El agua estaba muy sucia, casi no se podía distinguir a un palmo de profundidad entre lo turbia que estaba y la cantidad de basura que flotaba. Me apoyé en una columna, mirando hacia la montaña de Montjuïc y me metí el primer madroño a la boca. Nada más reconocer el sabor en mi paladar, fue imposible no recordar la última vez que estuve en mi casa de Tossa.

Un par de años antes caminaba por el bosque muy temprano. Las interminables lluvias de primavera habían hecho crecer tanto la vegetación que había invadido el pequeño sendero entre los árboles, dificultándome dar con el camino que conducía hasta la enorme roca de granito que todos los vecinos llamaban «la roca del cielo».

Era una mañana fría, pero enfundado en mi forro polar sentí que empezaba a sudar. Esa sensación, mezcla de frío y calor, me recordó a las interminables tardes de invierno en el convento, con la Hermana Maravillas.

—Piensa en algo que te guste —decía siempre que me quejaba de frío—, verás cómo te olvidarás de él.

Caminaba apartando la maleza con las manos, pinchándome con algún que otro zarzal y respirando un aire tan helado que hacía que me doliera la nariz, pero pensaba en Ángel, en los momentos que compartimos en ese lugar y un extraño calor emanaba

de mi interior. A la media hora encontré la gigantesca roca y sonreí, subiendo de un salto. Estaba de pie, contemplando el paisaje que desde siempre me había fascinado: una curiosa mezcla de alcornoques, pinos, madroños y castaños que cubrían toda la ladera hasta perderse en la lejanía donde se divisaba claramente el horizonte del mar.

En ese momento, es cuando más sentido encontré al nombre de la roca, pues parecía de verdad que estaba en el cielo.

Me senté, notando como el frío de la roca empezaba a traspasar el pantalón, calándome hasta los huesos sin importarme lo más mínimo. Me estiré, apoyando la cabeza en el frío granito, dejando mis brazos cruzados intentado proteger mis manos de la baja temperatura. Miré el cielo completamente tapado por las nubes, amenazando lluvia y al frotarme las manos me di cuenta de que había perdido la pulsera de piel negra que Ángel me regaló al mes de conocernos. Mi corazón empezó a palpar bruscamente y me reincorporé intentando encontrarla por la roca, pero no la vi. Recorrí el camino de vuelta buscando con desesperación, rabia, enfadado conmigo mismo por haber perdido el símbolo del comienzo de la unión con la única persona a la que había amado en mi vida. Perdí la noción del tiempo.

No hubo suerte y volví a la roca, casi sin aliento, sintiendo que me moría.

—¡Que esto se acabe! —grité al bosque, llorando—. ¡¡¡Dios mío, arráncame este recuerdo que me está matando de una vez!!!

Supliqué mirando al cielo una y otra vez que se calmara mi sufrimiento, arrodillado, deseando morir, poner fin a aquella situación. Una suave cortina de lluvia cubrió toda la montaña dando paso en pocos minutos a una fuerte tormenta, empapándome por completo. Caí a un lado sin fuerzas para poder levantarme y el frío me fue entumeciendo las extremidades con un dolor insoportable.

En ese momento sentí que el dolor de mi cuerpo era exactamente igual al de mi corazón. Cerré mis ojos, tiritando y poco a poco el silencio ganó a los truenos y el sonido de la lluvia que caía a cántaros, notando cómo lentamente el dolor se iba mitigando y una extraña sensación de paz me invadía, calmando mi ansia mientras que recordaba la cara de Ángel, saliendo de su casa el día de su cumpleaños, un mes después de conocernos.

—¿Qué es lo que más desearías en este momento? —le había preguntado desde la cabina de teléfono que había a escasos metros de su casa—. Estar contigo —respondió utilizando las palabras exactas que sabía que diría—. Pues baja a la calle con un buen abrigo. Estoy en tu portal —dije segundos antes de colgar el auricular.

Salí de la cabina subiendo la cremallera de mi cazadora de piel y sacando su casco del baúl de mi moto. Cuando me estaba poniendo el mío, le vi salir por la

puerta, con una preciosa sonrisa y una mirada que parecía iluminar la noche.

—¡Estás loco! Sí —afirmé dándole su casco—, pero eso ya lo sabías, así que ahora no te sirvas de ello para dejarme. Se lo puso y le di mi mochila. Lo que digo... —murmuró mientras se la ponía en la espalda. ¡Cómo una cabra! De un salto subió a la moto y arranqué el motor. Agárrate, nos vamos —dije antes de acelerar.

Conduje por la autopista rozando los doscientos kilómetros por hora hasta que llegamos a Tossa. Un par de kilómetros antes del desvío que llevaba a mi casa, tomé un camino de tierra que te lleva a un pequeño estanque en el que solía bañarme en las calurosas tardes de verano que no me apetecía bajar hasta la playa. Cruzamos el pequeño puente de madera que une la orilla con la pequeña isla y le hice sentar encima de un viejo tronco caído.

—Vamos a brindar por tu cumpleaños —dije mirando la luna llena—. ¡No todos los días uno cumple los veinte! —¡Estás como una cabra! —soltó, dándome una palmada en el muslo—. ¿Brindaremos con agua del lago? Le quité la mochila y sonreí abriendo la cremallera. Le mostré una botella de cava antes de sacar dos copas de plástico con una mueca de sorpresa.

—Creo que esto nos servirá —comenté quitando importancia a mi más que pensada celebración—. ¡Eres increíble! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. No sé qué narices has visto en mí... —¿Eres ciego?— pregunté antes de besarle—. Estoy loco por ti. —Y yo por ti, Eric.

Le pedí que sostuviera las copas mientras quitaba el precinto y al descorcharla, como era de esperar por el movimiento durante el viaje, el tapón salió volando. Las burbujas comenzaron a derramarse por mi mano, poniéndome perdido hasta el codo.

—¡Lo sabía! —maldije, sacudiendo todo el brazo—. No pasa nada —dijo, buscando un pañuelo de papel en su bolsillo.

Me sequé como buenamente pude y llené las dos copas cuando la botella dejó de ser un surtidor de cava.

—Por los veinte años de mi niño —brindé—. Por los veinte años del niño de Eric —respondió, chocando su copa con la mía.

¡Eric, Eric! Escuchaba repetidamente mi nombre, como el eco en una cueva.

Abrí los ojos y me encontré tumbado en un sofá. Josep estaba llorando, sentado a mi lado y seguía con la mirada a Marc, que intentaba hacer una llamada con su móvil entre maldiciones a la falta de cobertura. Tardé un par de minutos en reconocer mi casa.

Cuando Josep vio que había abierto los ojos, se abalanzó a abrazarme entre

palabras inteligibles.

—Sabía que estarías aquí —me explicó mientras me ofrecía una taza de chocolate caliente, minutos más tarde—. Te encontramos en la Roca del Cielo, inconsciente y con principio de hipotermia.

Hacía varios meses que había regresado a casa, tras casi medio año sin hacer más que ir a recuperación cada día a las cuatro de la tarde y pasar el resto del día tirado en la cama o en el sofá de su casa. Por las noches me costaba muchísimo conciliar el sueño y pasaba la mayoría de noches en vela sin poder evitar pensar que mi vida se había terminado. Ya me habían quitado el cabestrillo, curado mis heridas y los huesos de mis dedos estaban soldados, pero mi interior continuaba vacío, carente de sentido.

Esa mañana, como casi todas, me había levantado sin ganas, obligándome a entrar en la ducha para intentar comenzar un nuevo día de forma diferente, cosa que nunca sucedía, así que me fui a casa, cogí el coche y fui hasta allí, sabiendo que estar en un entorno que solamente fuera mío me sentaría bien. Pero me equivoqué. Necesitaba salir de Barcelona, sintiendo que estaba ahogándome con el único objetivo de respirar en el lugar donde únicamente yo había decidido años atrás que sería mi sitio.

No hubiera sido difícil explicar cómo había llegado allí si hubiese utilizado estas mismas palabras, pero no pude abrir la boca sintiéndome sin fuerza, por mucho que ellos fueran mis mejores amigos y estuvieran ayudándome de una forma digna de ovación, me resultó imposible. Mi interior se estaba muriendo a marchas forzadas, con el deseo de que después le siguiera el resto de mi ser y si de verdad existía un cielo, encontrarme con Ángel allí para volver a sentir lo que un día tuve.

Escuché a Josep decir que muchas veces el ansia de intentar dominar cualquier situación nos bloqueaba, nos cegaba, pero que lo peor era que eso nos impedía apreciar la realidad de lo que teníamos delante. Tomó aire y miró al techo segundos antes de fijar su mirada en la mía para decirme que cualquier pérdida era una desgracia que nos desgarraba el interior, pero que la vida seguía y nosotros con ella.

—Es fácil hablar cuando no te pasa a ti —dije utilizando un tono que mostraba una falta total de respeto por mi parte.

Su réplica sonó aún más borde que la mía, argumentando que si me pensaba que la muerte de Ángel sólo me había afectado a mí, como si a la gente que me rodeaba no les había importado lo más mínimo.

—¡Ya han pasado varios meses desde aquello! —gritó, tirando un tronco con toda su fuerza a la chimenea, haciendo que saltaran cientos de chispas—. Lo que realmente ahora me destroza el corazón es verte tan perdido sin poder hacer nada para ayudarte. Ya no sé cómo expresarte lo mucho que te quiero y no puedes

imaginarte cuánto desearía aliviar tu mal... Pero no puedo, no sé cómo acercarme porque no muestras ni un mínimo de esperanza. Fue Ángel quien murió, tú sigues aquí, con Marc, conmigo...

Continué callado, notando como las lágrimas caían por mis mejillas sin que me hubiera dado cuenta de que me había puesto a llorar. Marc se apresuró a abrazarme, intentando darme un consuelo que no lograba sentir y que estaba desesperado por encontrar para que me permitiera respirar sin sentirme culpable de estar vivo. — Piensa en el tiempo que pasasteis juntos— dijo Josep tomándome de la mano. —¡No quiero hacerlo!— grité enfadado soltándome. ¡Ni siquiera quiero recordarle!. ¡¡¡ESO NO ES CIERTO!!! —gritó más fuerte. ¿Cómo puedes decir esa barbaridad?

Me quedé callado unos segundos buscando las palabras adecuadas para mi respuesta bajo su mirada expectante, deseando escuchar una explicación lógica a mi afirmación.

—Mirad —comencé a decir—, Ángel se ha ido y no volverá jamás. No podéis imaginar lo mucho que me duele ni el tormento por el que estoy pasando...

No pude decir nada más porque rompí a llorar. Quería decirles que aunque no me arrepentía de haber conocido a Ángel, de haber sabido que por mi culpa él acabaría con un disparo en la cabeza desearía no haberle conocido y de esa manera él seguiría vivo y no le echaría de menos, por lo que tampoco extrañaría una parte de mi vida que hubiera seguido vacía, como antes de conocerle, porque el que desconoce, nada extraña, que sentía que pasaría el resto de mi vida deseando que mi corazón dejara de latir para poner fin a tanto sufrimiento, pero fui incapaz, mi voz sólo emitía un inconsolable llanto. Me abracé a ellos y me quedé dormido escuchando repetidamente que todo saldría bien, que yo era fuerte y que sin duda era lo que Ángel hubiera querido.

Marc me había cubierto con una manta para que no cogiera frío. Permanecí inmóvil, me sentía bien y quise alargar esa sensación todo el tiempo que pude. Josep se acercó de puntillas para comprobar si aún seguía durmiendo. Al verme con los ojos abiertos sonrió, se sentó en el suelo y puso su mano en mi mejilla con una sonrisa tan tierna como sincera.

—No sé lo que haría sin vosotros —dije torpemente—. Ni lo sabrás jamás —dijo guiñándome el ojo, sin dejar de sonreír—. Mañana me he pedido libre y haremos lo que te apetezca...

Asentí con la cabeza. Marc condujo mi coche y me regresamos a Barcelona en un viaje en el que nadie dijo nada. Josep, como si de un chófer se tratara, conducía sin apartar la mirada de la vía. Apoyé mi cabeza en su hombro y me acarició hasta que llegamos a casa. No me apeteció cenar, tomé un vaso de leche y subí al palomar

dispuesto a estirarme en la cama e intentar dormir, cosa que pasó nada más cerrar los ojos, a pesar de que pasó el camión de la basura, con sus golpes a los contenedores y el molesto ruido de las ruedas de éstos al chocar contra el bordillo de la acera.

Creí que ese día era el final de una gran caída, rápida y destructiva, pero me volví a equivocar, nuevamente. Apenas había exteriorizado cómo me sentía, dejando que pasaran los meses dando la impresión de que controlaba la situación en todo momento... En vez de reconocer que estaba realmente jodido, sin ganas de seguir adelante.

Mi alma cada día moría un poco más y mi sufrimiento me estaba despedazando por dentro de la misma manera que un gusano entra en una manzana por el rabillo sin que se aprecie a simple vista, devorándola por dentro, lentamente, sin que se aprecie nada desde el exterior.

La entrada de un gigantesco barco al puerto con su estruendosa sirena me hizo volver a la realidad. Di un largo suspiro y me metí en la boca el último madroño. Cerré el pequeño envase vacío, metiéndolo en la bolsa de plástico para tirarlo a la papelera.

Me sorprendía la manera en la que mi vida iba haciendo círculos. Todo me llevaba a todo, daba lo mismo que fuera un perfume como una melodía... como un madroño. De hecho, pensé que cuando en la vida lo has tenido todo, era fácil que cualquier detalle te transportara a un preciso momento, en especial cuando ya no lo tienes.

Llegué a casa y me estiré en la tumbona de la terraza. Mafi no tardó ni un minuto en saltar encima, apoyando su cabeza en mi pecho. Sonó el móvil varias veces pero no me apeteció levantarme a descolgarlo.

Perdí la noción del tiempo mirando las nubes sobre el cielo de Barcelona, disfrutando del frescor de la tarde, casi noche. Al ir a prepararme la cena, vi que la llamada había sido de Ricard, escuché el contestador y me supo mal no haber contestado, pues me decía que tenía que salir a Santander porque su madre había sufrido una caída y estaba ingresada. Le llamé, preocupado, para ofrecerme a acompañarle, pero su escueta respuesta fue que ya estaba por Lleida y que no me preocupara porque su familia le había confirmado que ya había sido operada y que todo había salido bien.

Capítulo 9

Limpiaba el suelo de la terraza con la manguera, mojando a Mafi a cada momento que le veía distraído. Reía al ver su reacción cada vez que el chorro de agua le alcanzaba. Me encantaba estar en el nuevo piso. Parecía mentira que hiciera relativamente poco que respiraba sin sentirme culpable. La madre de Ricard se iba recuperando perfectamente y me confirmó que llegaría ése mismo sábado.

Cerré el grifo y al observar las cicatrices de mi mano, mi mente me llevó a otro momento de mi vida, otro salto atrás en el tiempo, sólo que éste se remontaba a poco más de un año.

A veces no puedes evitar caer, estrepitosamente, sin previo aviso. Aquél día, el que toqué fondo, me despertó la claridad que entraba por la ventana. Refunfuñé dándome la vuelta, enfadado por lo tonto que había sido al no haber bajado la persiana antes de acostarme. Creí que eran las siete de la mañana, pero al ver la hora en el despertador comprobé que había dormido ocho horas seguidas.

Muy torpemente me reincorporé bostezando para quedarme sentado en el borde de la cama. Mi camiseta estaba empapada de sudor y me la quité, tirándola a un lado antes de levantarme e ir al comedor, decidido, contento porque era la primera vez en semanas, meses, mejor dicho, que había podido descansar. Nada más pasar por la puerta tuve que sentarme en la primera silla que pude porque me mareé y casi me caigo de bruces al suelo.

—Otra vez —pensé, enfadado.

Casi dos años sin Ángel, llevándose consigo las ganas de comerme el mundo, sintiendo que el mundo me comía a mí. Insufribles mañanas levantándome sin el aliciente de abrir mis ojos para contemplar lo único que necesitaba y que, antes de conocerle, no era consciente de lo que su vida podía regalarme a diario con su simple presencia.

No había comido dignamente nada en varias semanas. La simple idea de freír un huevo se me hacía algo imposible porque ni siquiera tenía ánimos (ni fuerzas, ni

ganas...) para hacer algo tan sencillo como romper la cáscara contra una sartén. Maldije mi suerte, sosteniendo la cabeza entre mis manos, mirando inmóvil la coloreada alfombra de rayas de debajo de la mesa sin apenas pestañear, repitiéndome una y otra vez que el mareo ya se me pasaría.

Un par de minutos más tarde el mareo desapareció y con mucho cuidado seguí mi camino hasta la cocina para preparar la cafetera, deseando que como cada mañana, ese medio litro de agua con cafeína me despejara. A los pocos segundos el aroma del café impregnaba todo el piso y entré en el baño, quitándome los calzoncillos con rabia, sin dejar de pensar que estaba harto del ordenador, de los litros de café que me mantenían despejado durante el día y que a menudo me quitaban el sueño por la noche, harto de la comida preparada, de mi piso... Harto de mi suerte.

El agua tibia de la ducha comenzó a deslizarse por todo mi cuerpo, despejándome poco a poco y consiguiendo que el tedio diera paso a un repentino brote de ganas de hacer algo diferente.

Sin duda, incluso el hastío se satura de la desgana que le acompaña.

Al abrir el bote de champú decidí no pasar otro día en casa sin querer ver a nadie. No, en absoluto, iría a dar un paseo. Todo tiene un comienzo... y un final, eso me había quedado más que claro, así que volver a empezar, por muy doloroso o difícil que pareciera, sólo dependía de mí. Tenía que cambiar, enfocar mi vida de nuevo. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero desde luego sabía que aislarme del mundo no era la mejor manera.

Tomé el metro en Drassanes y seis paradas después bajé en Lesseps, dirigiendo mis pasos hasta el Parc Güell. Miré la prolongada cuesta de la calle pensando que tendría lo suyo, pero mientras pagaba el periódico que acababa de comprar en el pequeño kiosco, calculé que apenas me tomaría un cuarto de hora entrar en el parque y encontrarme a la gran salamandra de la escalera dándome la bienvenida.

Tuve razón: bastaron diez minutos antes de verme rodeado de una oleada de turistas que, entre murmullos y alabanzas a Gaudí, no paraban de fotografiar cualquier rincón en el que veían azulejos de cerámica troceados, pero sobre todo, reflejando en sus caras la belleza del conjunto arquitectónico, haciéndome sentir orgulloso de vivir en esta ciudad mientras continuaba escaleras arriba, dejando a un lado las gigantes columnas del porche y me alejaba poco a poco de la marea de gente que se iban dispersando por los diferentes caminos del parque.

Mi primera parada fue la gran terraza rodeada de asientos de forma zigzagueante que invita a mirar a la ciudad como si fuera un hermoso balcón y la fui cruzando entre críos que jugaban a la pelota ajenos a cualquier asunto que no fuera la diversión. Esa imagen me enterneció y recordé esos momentos de tranquilidad o de la

típica despreocupación infantil entre los gritos de «pásala, pásala» seguidos de chutes a la pelota y la polvareda que levantaban detrás de ellos al correr. Me quedé un buen rato allí, absorto en la escena que estaba contemplando con una sonrisa en mi cara, recordando mis horas de juego junto a la Hermana Maravillas, en el claustro del convento.

Decidí subir a mi típico ritmo apresurado hasta el punto más alto del parque conocido como «Las tres cruces» y como la pendiente del camino es bastante considerable, llegué jadeando, tuve que sentarme para reponerme en el borde de una de las piedras que forman la pequeña elevación circular. Había bastante gente a mi alrededor y me aislé de ellos conectándome los auriculares. Disfruté perdiendo la mirada en la ciudad a la vez que comenzaba a sentirme menos cansado y mi respiración se normalizaba.

—Te encantaba este lugar, Ángel —pensé contemplando el mar tras los cristales polarizados de mis gafas de sol.

Una vez me explicó que elegía un día soleado para pasar el día en el Parc Güell porque le encantaba pasear por todo el recinto, sin prisa, saboreando un «Colajet» después de comerse un bocadillo entre los cientos de turistas que posiblemente habían recorrido miles de kilómetros para estar allí, mientras que él, se sentía afortunado al tener apenas veinte minutos de trayecto. Cerré momentáneamente los ojos al encontrarme con el recuerdo de los suyos clavados en mí y por un instante reviví la locura que sentía al contemplar la expresión de amor que se reflejaba en su cara cada vez que me miraba. Era un infierno vivir sin él.

Instintivamente me llevé la mano al hombro. La cicatriz era apenas perceptible, incluso la enfermera que se encargó de hacerme las curas durante todo el tiempo de recuperación se sorprendió de que hubiera cicatrizado tan bien. Tampoco perdí movilidad, el fisioterapeuta se empeñó en no dejarme salir del centro hasta que estuve totalmente recuperado, cosa que hoy en día tengo que agradecerle, pues de lo contrario hubiera dejado de ir a las pocas sesiones.

Resultaba irónico: cicatrizar el tejido es fácil, sólo hay que dejar que el organismo se encargue de hacerlo, tener la herida perfectamente limpia, seguir las instrucciones del médico y esperar a que pase el tiempo para recuperarte... Pero ¿cómo cicatrizar un corazón destrozado? Solamente yo sabía lo que me había costado levantarme cada mañana y encontrar una razón para seguir viviendo, o dejar de sentir que me moría cada vez que veía una foto de Ángel, o como cuando estaba afeitándome en el baño, me llegaba el olor de su frasco de colonia desde la pequeña estantería de cristal y me giraba para buscarle con la mirada a sabiendas de que era imposible encontrarle.

En ese momento sentí que mi corazón se paraba, enfurecido porque jamás

volvería a sentirme completo y sobre todo, que Ángel, mi Ángel, mi familia, se había ido para siempre, dejándome solo, nuevamente. Perdí el aliento y me incorporé entre la gente que me miraban extrañados, apresurándome a bajar las escaleras del montículo lo más rápido que pude, apoyándome en las piedras mientras mi corazón se aceleraba y empezaba a sudar. Vi un banco a la sombra al que me dirigí casi arrastrando los pies. Me estiré quitándome los auriculares, intentando controlar la respiración y coloqué el periódico a modo de almohada.

Lentamente la sensación de vacío se fue mitigando y me tapé los ojos con las manos, seguro de que pronto pasaría, como solía suceder cada vez que la tristeza de su ausencia me visitaba. Pasé unos minutos terribles, pero poco a poco mi pulso se estabilizó, comenzándome a sentir mejor.

—Te echo tanto de menos... —susurré, conformándome una vez más en mi vida.

No, no había sido una buena idea visitar el parque, por mucho que en un primer momento hubiera estado seguro de que un paseo entre la vegetación, lejos del ruido de la calle y sobre todo, de mi entorno diario me sentaría bien. Salí disparado ladera abajo, con la única intención de llegar a casa y sentirme seguro en aquellas cuatro paredes que horas antes me habían asfixiado. Entré en la estación de metro y al validar mi billete vi a un indigente con evidentes síntomas de embriaguez saltándose el control de entrada entre gritos antisistema.

Antes de que se acercara le lancé una mirada de aviso para que no lo hiciera, aún así, nada más llegar al andén se aproximó pidiéndome una moneda con el pretexto de que era para comida. Tenía la certeza de que si le daba algo se lo gastaría en bebida, así que le dije que no le pagaría su borrachera y le di la espalda.

—¡Un euro no es nada para ti! —gritó mientras me daba un molesto golpe en la espalda que me hizo girar de golpe—. ¡No vuelvas a tocarme! —le avisé, antes de alejarme unos metros.

Me insultó, repitiéndome burgués de mierda varias veces y dejó caer el periódico al suelo, desperdigándose sus páginas por todo el andén debido a la corriente de aire que precedió la entrada del convoy del metro. Me planté delante de él en dos pasos, le cogí del cuello y le estampé contra un cartel publicitario, rompiendo con su espalda el cristal segundos antes de propinarle un puñetazo. Me devolvió el golpe, partiéndome la ceja, pero no me di cuenta hasta que la sangre comenzó a correr por mi mejilla.

Me enfurecí aún más, sintiendo que la ira se apoderaba de mí, soltándole un golpe tras otro entre sus súplicas para que le dejara en paz y mis gritos, preguntándole si también iba a matarme a mí, si se creía lo suficiente hombre como para intentarlo siquiera, que yo era mucho más fuerte que Ángel y que conmigo se había equivocado si tenía la intención de intimidarme.

Los gritos de la gente a nuestro alrededor pidiéndome que le dejara porque solamente era un pobre desgraciado me hicieron reaccionar. Al hacerlo, se desplomó y todo mi cuerpo comenzó a temblar, allí, inmóvil, con mi mano aún con la forma de su cuello, negando con mi cabeza, entre lágrimas de ira, rabia, impotencia, sorprendido por mi reacción tan agresiva y salí de allí, corriendo por las escaleras de la estación, saltando el estúpido control de bonos sintiendo la angustia por todo mi cuerpo y me senté en la primera pila que encontré al cruzar la calle sin poder respirar. Apoyé mis manos en mis rodillas, creyendo que me desmayaba. Alguien se acercó por mi espalda, dando la vuelta hasta quedar a frente mí, agachándose. Olía a incienso.

—Me llamo Mari Carmen —dijo—. Abre los ojos y mírame.

Al abrirlos, me encontré a una preciosa mujer con el pelo recogido en una coleta completamente canosa y una sonrisa reconfortante. Me tomó de la mano y pude apreciar un lunar en su mejilla izquierda.

—Respira lentamente sin dejar de mirarme —añadió.

Respiré, perdido en sus ojos. Sacó un pañuelo de su bolso y me lo aplicó en la herida de la ceja. Me dolió y ella, que inhalaba a mi ritmo para marcar la pauta de tiempo, hizo que lo sostuviera con mi mano mientras la imitaba, notando a los pocos segundos como el aire comenzaba a entrar en mis pulmones, calmándome mientras un estado de paz se iba apoderando de mí. Seguimos así durante un buen rato, con su mano en mi hombro, apreciando aún más el olor de incienso proveniente de su abrigo. —Ya lo tienes— dijo con una voz que me pareció aterciopelada.

No podía hablar, estaba desencajado. Jamás en mi vida había mostrado tal comportamiento. Nunca había dicho una palabra más alta que la otra, procuraba ser cordial, cedía mi asiento a los mayores en el transporte público, abría la puerta en el supermercado a la gente que sostenía bolsas en ambas manos y raramente discutía aún sabiendo que tenía razón. Se suponía que era una buena persona, y las buenas personas no actuaban así.

—Te he seguido desde la entrada. No permitas que la ira se apodere de ti. Por tu mirada sé que no eres así —fue lo último que dijo antes de levantarse, darme una tarjeta e irse.

Yo seguía mudo, mirando cómo se alejaba, perdiéndose entre la muchedumbre, gratamente sorprendido por su humanidad, un aspecto necesario en nosotros que yo había tirado por el suelo al golpear a aquél pobre desgraciado. Miré mi camisa, que estaba perdida de sangre y me fui a casa entre las miradas desconcertadas de los peatones con los que me iba cruzando. Cerré la puerta de la entrada de un portazo y al llegar al comedor me senté en la butaca de Ángel, temblando. Aún sostenía la tarjeta

en la mano y la tiré al cajón.

Descolgué el auricular y marqué el móvil de Josep, necesitaba hablar con él, calmar mi angustia al notar que estaba a mi lado. Tuve suerte, estaba con unos clientes a dos calles y al escuchar mi voz se presentó en casa en un santiamén, preocupado porque me había notado muy alterado. Al verme con restos de sangre por la cara y la camisa se llevó las manos a la cabeza, corrió al lavabo a por el botiquín y me hizo estirar en el sofá para desinfectarme la herida.

—¡Aquí habrá que poner puntos! —dijo cuando me quité el pañuelo—. ¿Qué narices ha pasado? Y no me digas que te has golpeado con la puerta, que de gilipollas sólo tengo la cara.

No me sentía orgulloso de mi reacción, todo lo contrario, me avergonzaba, así que mientras le narraba la escena, fue imposible aguantar el llanto. No había excusa para lo que había hecho. Josep se quedó mudo, incapaz de asimilar lo que le estaba contando, extrañado. Nadie me conocía mejor que él y sabía que jamás en mi vida había matado una simple mosca. Cuando se aseguró de que no sangraba y la herida estaba limpia, me tomó de la mano para ayudarme a reincorporarme, chasqueó su lengua y se levantó para ir hasta la cocina. Regresó al poco, sosteniendo una taza humeante de tila diciendo que no podía continuar así, que había tenido suerte porque era más fuerte que el pobre desgraciado del metro, pero, que podía haber sacado una navaja o una pistola y la situación hubiera sido demasiado peligrosa. Se quedó mudo nada más terminar la frase, dándose cuenta de que si alguien podía dar fe de ello, por supuesto, era yo. —Voy a comprar puntos adhesivos y unas gasas— susurró. —Regreso en un minuto.

Cerré mis ojos al escuchar la puerta de la entrada cerrarse, intentando en vano ahogar un sollozo desesperado, no ya por cómo había reaccionado en el metro, sino porque necesitaba encontrar un motivo que me ayudara a levantar la cabeza y mi interior se calmara para dejar de odiarme, de sentirme culpable cada día de mi vida. No sabía ni dónde estaba mi mano derecha, no podía respirar tranquilo una sola vez y aún menos dormir más de tres horas seguidas porque Ángel al irse, lo hizo dejándome todos los recuerdos de los momentos compartidos que parecían luchar maliciosamente por salir a flote en mi memoria, sin darme ni un minuto de tregua, asfixiándome, despedazando lo que quedaba de mi interior, evidenciando que mi alma estaba vacía, huérfana sin su presencia y mi vida, mi patética vida, carecía de sentido sin la suya. Sentía que iba cayendo en un pozo sin fondo, alejándome de toda la gente que me quería porque no soportaba la idea de ver la compasión reflejada en sus caras, harto de escuchar que la vida seguía y que tenía que continuar con la mía porque así lo hubiera querido Ángel... Pero él ya no estaba.

Poco importaba lo que hiciera o dejara de hacer, que siguiera adelante o prefiriera

quedarme como estaba de jodido sin hacer nada por evitarlo porque él ya nunca lo sabría.

—Siempre estaré a tu lado —escuché la voz de Josep, que había entrado tan sigilosamente que ni me había dado cuenta.

No dijo nada más y con unas tijeras cortó pequeñas tiras de puntos, terminó de desinfectarme la herida y tras colocármelas con mucho cuidado, sonrió, satisfecho de su trabajo, asintiendo con la cabeza. Tras guardar todo en el botiquín del lavabo, me preguntó si me veía capaz de quedarme solo. Afirmé con la cabeza, levantándome y le di un abrazo de despedida, agradeciéndole su ayuda. Como siempre. Volví al sofá nada más cerrar la puerta. La mañana me había ofrecido una falsa luz de esperanza, haciéndome creer que algo cambiaría pero yo había terminado a puñetazos.

Sabía que no podía continuar así, que tenía que tranquilizarme y respirar, sobre todo respirar, permitiendo a la vida que me rodeaba entrar en mí para aceptar de una vez que no fue mi culpa que mataran a Ángel, a pesar de que eso no cambiaría en absoluto lo mucho que le echaba de menos. Los latidos de mi corazón parecían hinchar y deshinchar una vez tras otra la herida de mi ceja y me llevé mis manos aún manchadas de sangre a la cabeza.

Me dolían mucho los dedos de la mano izquierda y la extendí para reconocer ese dolor tan agudo: me los había vuelto a romper. Mafi se acercó muy lentamente hasta el sofá, se estiró en el suelo y apoyó su cabeza en mis pies.

En ese momento la idea de mudarme comenzó a cobrar cuerpo.

Capítulo 10

Colgué el auricular tras despedirme varias veces de Antonia, habiéndole prometido ir a verles en breve. Ramón y Antonia siempre fueron buenos conmigo. No había vuelto a Murcia desde la semana siguiente a mi pelea en el metro, obligado por Josep y Marc.

Recuerdo que bajé las escaleras automáticas de Sants como un autómata, quedándome inmóvil enfrente del vagón del Talgo con ganas de dar media vuelta y regresar a casa. No me sentía con ánimos y me apetecía aún menos tirarme siete horas sentado en una butaca para llegar a Murcia, pero decidí comprar el billete de tren tras escuchar repetidas veces que ellos se encargarían de Mafi.

Una vez localicé mi butaca en el vagón, fue patético comprobar cómo por culpa de mis dedos rotos no pude colocar mi maleta en el compartimento superior. Miré a un lado para ver si alguien podía echarme una mano pero no hubo forma: todo el mundo hacía ver que leía o escuchaba música con la mirada perdida en el respaldo de la butaca de enfrente, así que opté por dejarla en el asiento de al lado convencido de que si se subía algún pasajero y lo tenía asignado, no le quedaría otra que subirlo él mismo, pero el revisor al pasar por mi lado se percató de mi incapacidad y lo hizo con una sonrisa en los labios, cosa que agradecí.

El tren comenzó su trayecto entre el suave traqueteo del cambio de vías de la estación de Sants y el sueño que arrastraba gracias a la medicación que me habían recetado. Antes de salir del túnel, ya estaba dormido. Cuando abrí los ojos, me encontré en la estación de Orihuela. Eché una ojeada a mi maleta para asegurarme de que no me la habían robado y me acomodé en el asiento mirando por la ventana el paisaje seco y carente de árboles pensando que prefería el verde de Girona. No sabía cuánto rato había dormido pero me dio igual, en aquel momento mi máxima preocupación era recordar el nombre que reciben las palabras que contienen todas las vocales, al poco rato lo recordé: pentavocálicas.

Una de las cosas que más me llamó la atención del trayecto fue que a pesar de ser una línea del Talgo hacía muchísimas paradas, convirtiendo una de las mayores

creaciones del país en un vulgar borreguero ligero... Durante todo el viaje, los pasajeros iban subiendo y bajando en distintas estaciones, entre ellos un par de lesbianas con un sobrepeso exagerado que pertenecían al ejército naval, dato que obtuve innecesariamente en la cafetería al escuchar como la lesbiana uno se lo comentaba al camarero —que se le notaba a la legua que era muchísimo más que gay— con un amplio reportaje fotográfico que, por lo que puede ver, exhibían sin ningún tipo de prejuicio sus doscientos kilos de más mientras la lesbiana dos no paraba de asentir sonriendo entre tragos de su lata de cerveza.

El revisor se apresuró a bajarme la maleta nada más escuchar por la megafonía del tren que la siguiente estación era Murcia del Carmen, gesto que me encantó porque siempre he creído que se está perdiendo el toque de humanidad.

Se abrió la puerta del vagón y nada más poner un pie en el suelo me encontré con Ramón y Antonia, acercándose por el andén para abrazarme darme la bienvenida. Él tomó mi maleta y empezamos a caminar para salir de la estación.

—Estás muy pálido —dijo Antonia, tomándome del brazo—. Verás lo bien que te sienta estar unos días aquí. —He estado a punto de anular el viaje— comenté, —pero ahora que os veo, me alegro de haber venido.

Sonrió diciéndome que había preparado potaje de apio para cenar, sabiendo que es uno de sus platos que más me gustan. Durante el trayecto en coche, Ramón iba explicando los cambios que había hecho en el jardín, incluso había plantado tomates, pimientos y habas. Hablaba con tanta vitalidad que no parecía que tuviera setenta años. Antonia añadió que estaban muy bien en Calasparra, afirmando que mudarse allí era lo mejor que podían haber hecho, pero que de vez en cuando echaba de menos Barcelona, a sus vecinas, a los tenderos del barrio...

—Sabéis que podéis venir a casa siempre que queráis —dije poniendo mi mano en su hombro—. Lo sé —contestó ella—. Pero no queremos molestar. —Vosotros nunca molestáis— me apresuré a decir. —Sois lo más parecido que tengo a unos tíos. Giré mi cabeza para mirar por la ventanilla y me incorporé en mi asiento, pensando en las palabras que acabada de decir. Era cierto, les conocía desde hacía muchos años y habíamos compartido muchísimas tardes en su casa de Barcelona y los fines de semana en Tossa donde poco a poco fuimos conociendo nuestras vidas a la perfección. Había comido infinidad de veces durante la semana gracias a los platos que ella preparaba para que me llevara los domingos y prácticamente toda la ropa que llevé en mi época universitaria me la regalaron ellos. Eso les convertía en algo más que amigos.

Llegamos hasta «Ciudad del Sol», el estúpido nombre con el que bautizaron a la urbanización que construyeron en mis antiguas tierras. Por el diseño de las casas, una

mezcla de doble altura con una torre en uno de los lados donde estaba la habitación de matrimonio, se veía a la legua de que estaban destinadas a extranjeros, siendo ellos los únicos españoles de la calle, pero para su suerte en la urbanización de al lado habían muchísimos más residentes nacionales, por lo que no les costó relacionarse. Además, el pueblo está a escasos cinco minutos en coche, así que seguían teniendo contacto con todos sus conocidos de siempre.

Nada más entrar al comedor, Antonia se metió en la cocina y comenzó a poner la mesa, diciéndome que si quería, tenía una media hora para descansar, que fuera hasta mi habitación para ponerme cómodo. Ramón había dejado mi maleta en la cama y la abrí tras soltar un suspiro, tomando unos pantalones de chándal y una sudadera, pero en vez de ponérmelos, los dejé a un lado de la cama, sentándome en el borde del colchón, mirando a la pared. La única vez que había estado allí fue con Ángel, pasando una Semana Santa de la que aún guardo un gran recuerdo, entre las procesiones, las corridas de toros en la pequeña plaza del pueblo tras los encierros a lo San Fermín por las estrechas calles del pueblo de al lado e infinitas risas durante las partidas de cartas que siempre ganaba Antonia.

Ellos, desde el primer momento le cogieron un cariño especial, haciéndole sentir que era alguien más de la familia. Fue recíproco, porque él siempre me hablaba de ellos como si realmente lo fuera, con respecto y una más que apreciable admiración. Incluso hablaban por teléfono con él más que conmigo, conscientes de que él era mi vida.

Explicarles que había muerto me resultó imposible, por lo que Josep, que estaba a mi lado cuando les llamé semanas después del entierro, me quitó el auricular de la mano y tras intentar encontrar varias veces sin éxito las palabras que suavizaran el impacto, dejó que las frases inacabadas fueran lo suficientemente evidentes para que supieran que algo terrible le había pasado a Ángel. Quisieron coger el primer tren hasta Barcelona pero me opuse, el viaje es demasiado cansado para alguien de su edad, así que les juré y perjuré que estaría bien y que sería yo el que iría allí. Las dos o tres semanas que les prometí, se convirtieron en muchísimo más tiempo.

Escuché la voz de Ramón, llamándome para cenar y salí al comedor, donde la chimenea estaba ya encendida, desprendiendo una acogedora luz junto a su agradable calor. La mesa estaba tan perfectamente puesta que casi parecía que fuera Nochebuena, con su elegante mantel a juego con las servilletas, sus servilleteros de madera, la cubertería de plata y las copas de cristal de Bohemia. En una ocasión me comentaron que todos los sábados acostumbraban a darse un pequeño homenaje gastronómico y simulaban un pequeño banquete y la idea me gustó tanto, que la copié y durante todo el tiempo que estuve con Ángel la llevé a la práctica. Siempre me sorprendió que a pesar de los años que llevaban juntos y la imposibilidad de no tener

hijos o parientes cercanos ya que ambos eran hijos únicos de padres que también lo eran, hubieran sabido mantener viva la llama de la ilusión de cuando se conocieron.

El olor proveniente de la cocina me llevó por un instante a las tardes en Tossa, cuando tras pasar toda la mañana colocando baldosas o arreglando el jardín me encontraba el plato en la mesa, siempre delicioso. Las generosas raciones seguían siendo la tónica de Antonia, por mucho que fuera la cena, con la excusa de que como cocinaba sin grasas no había peligro de engordar.

Abrí torpemente la botella de vino que estaba en medio de la mesa y serví las copas, comentando que me sabía mal que por mí tuvieran que cenar un simple potaje en vez de algún plato más elaborado. Antonia negó dando un ligero manotazo al aire que no importaba, que lo principal era que por fin estaba allí, con ellos, pero que no me libraría de comer sus canelones al día siguiente. Sonreí, sabía perfectamente la manera de hacerme contento. Nada más notar la mezcla de alubias, patatas, arroz y apio en mi boca sentí que era afortunado, siendo aquél momento el primero sin el hastío que se había apoderado de mí desde la muerte de Ángel.

Cucharada tras cucharada, mi estómago pareció agradecer aquella comida, la primera en condiciones en muchos días. En casa, había terminado todo lo que había en la nevera sin preocuparme en reponer una simple lechuga y ya no quedaban los sofritos que Ángel preparaba las mañanas de los sábados para congelarlos. Cada noche pensaba en la comida del día siguiente y sacaba del congelador el preparado para que yo solamente tuviera que añadir la pasta, el arroz... Era muy previsor. Claro, que después de tantos años juntos, era normal que conociera a la perfección mis limitaciones y no les pusiera una sola pega o se quejara. Me aceptaba tal y como era, queriéndome con la misma intensidad del primer día.

—Antonia —dije sin soltar la cuchara—, ¿me enseñarías a cocinar algunos de tus platos?

Me miró extrañada pero con una sonrisa, asintiendo con la cabeza a la vez que decía que ella no era tan buena cocinera, pero que estaría encantada. Comenté por encima los platos que tenía ganas de aprender a guisar y cuando terminamos la cena, hicimos una pequeña lista de los ingredientes que necesitaríamos e iríamos a comprar al pueblo a la mañana siguiente.

—Pero mañana es domingo —observé cayendo en la cuenta de que estaría todo cerrado—. En el pueblo todas las tiendas están siempre abiertas —dijo Ramón—. Es una de las ventajas de vivir en un pueblo pequeño. Sólo cierran por Semana Santa, Navidad y Año Nuevo.

Antonia salió de la cocina preguntándome si sabía que era lo que contenía la enorme ponchera de cristal transparente. Entre el característico color rojizo de la

bebida y los trozos de melocotón flotando, no había lugar para dudas: era cuerva. Me sirvieron un vaso y tras llenar los suyos nos sentamos en el sofá, delante de la chimenea, escuchando como la madera de pino no paraba de soltar chispas, desprendiendo el típico olor de la resina quemándose. Estuvimos recordando los fines de semana en Tossa, con el calor húmedo de la noche que te incomodaba para dormir y los largos paseos por el camino de ronda.

Les comenté que casi todas las casas habían cambiado de propietarios, por lo que exceptuando a un par de ellos, ya no conocía a nadie de allí. Terminé mi copa y me acomodé en mi butaca sosteniendo el vaso ya vacío, cerrando mis ojos, dejándome llevar por la sensación de bienestar y sueño que me estaba entrando. Ramón se levantó para tomar el vaso de mis manos, haciendo que me despertara, me dio su mano para ayudarme a levantar y me acompañaron hasta la habitación, donde se despidieron con un beso de buenas noches antes de cerrar la puerta.

A la mañana siguiente me levanté tardísimo, apenas se escuchaba un ruido en la calle y como Ramón había bajado la persiana, la oscuridad ayudó a que no me despertara ni una sola vez. Me despecé, bostezando sin parar, dudando entre quedarme un poco más en la cama haciendo el gandul o comenzar el día. El olor a café que venía desde la cocina fue lo que hizo que me decidiera por levantarme. En la cocina, Antonia cantaba una vieja canción de Mocedades a la vez que se servía una taza de café.

Fue un momento sereno, desprendido del tiempo, tu mirada de fuego, encendida en mi mar.

No era la primera vez que se la oía cantar, siempre la tarareaba cuando barría o quitaba el polvo, envuelta en su bata gris y su pelo protegido con un enorme pañuelo floreado. Tiempo atrás, una vez me dijo que así se sintió cuando conoció a Ramón, que las palabras de esa canción describían a la perfección su primer encuentro. Tras escuchar detenidamente la letra, se me hizo muy tierno.

Cuando se giró y me vio, me sirvió una generosa taza después de besarme y preguntarme si había dormido bien, a lo que respondí que hacía tiempo que no me levantaba a esas horas. Me explicó que al ver que la mañana iba pasando y yo no me despertaba, Ramón había decidido ir solo al pueblo a comprar para que yo descansara. Ella sonrió y me propuso que me fuera a dar una vuelta, cosa que me apeteció, así que tras darme una ducha, me puse un chándal y como buenamente pude, me anudé los cordones de mis deportivas. Antonia me dio una pequeña botella de agua.

—Recuerda que has de beber si no quieres deshidratarte bajo este sol.

Salí por la puerta de casa con una sonrisa, conectando mi reproductor de música,

dispuesto a recorrer la urbanización que un día me perteneció. La mayoría de melocotoneros y albaricoqueros que durante décadas atrás dieron un bonito paisaje a ambos lados de la carretera que lleva hasta la estación de tren habían sido arrancados para construir cientos de casas a un lado, pero me llamó la atención que en el otro hubieran instalado infinitas placas solares para producir energía eléctrica.

—Esto es el progreso —pensé—. No es mala idea que esta región pase de ser la huerta del país al cargador de baterías. Al menos no necesita agua, cosa que no tienen.

Para atajar camino cogí un camino que llevaba hasta el Santuario de la Virgen de la Esperanza sin la intención de visitarlo, pero al pasar a escasos cien metros del gran arco de piedra de la entrada me animé a entrar al recinto, encontrándolo tal como lo recordaba: la capilla junto a la tienda de recuerdos enclavados al final de un gran acantilado, con las fachadas rematadas también en piedra, intentando aparentar que formaba parte de la roca con un resultado bastante pobre.

Ramón y Antonia se habían casado allí, cosa que a menudo recordaban con cierta nostalgia en las tardes que estuve trabajando en su casa de Tossa. Sin duda, vender la primera propiedad les entristeció mucho, por eso nunca me arrepentí de permutar mi casa, todo lo contrario, porque en apenas un año no solamente se habían adaptado nuevamente al pueblo que les vio crecer, sino que además parecía que habían rejuvenecido. Me gustó muchísimo verles así. Había caminado más de dos horas seguidas sin parar un momento y me senté bajo un olivo para descansar un poco. El incesante sonido de las chicharras era envolvente y la temperatura asfixiante, apenas mitigada por una ligera brisa. Caí en la cuenta de que no había hablado con nadie desde hacía horas, recordándome a mi etapa de colegio, en la que simplemente contestaba a las preguntas del profesor y nada más salir de la clase me dirigía hasta el centro de acogida, también sin hablar más de lo necesario. No fue hasta que comencé la universidad que, al conocer a Josep, comencé a abrirme... Claro, que tampoco tuve otro remedio, porque pocos meses después estábamos compartiendo piso y dando la bienvenida a Marc, ya como pareja suya.

Al regresar a casa, me encontré con un arroz con aluviones que me dejó con la boca abierta. Antonia sonrió de oreja a oreja al ver mi cara mientras ponía la mesa y Ramón terminaba de cortar los tomates para la ensalada. Tras comer me dirigí al porche trasero y me estiré en la hamaca, quedándome dormido casi al instante. Esa noche preparé mi primera tortilla de patatas, al día siguiente me atreví con un precioso besugo al horno acompañado de patatas, al otro con un arroz con lentejas. Incluso al siguiente me sorprendí a mí mismo con un delicioso estofado de cordero... Y así hasta que llegó el día de regresar a Barcelona.

—No tardéis en venir —dije a Antonia con un gran abrazo—. Claro que sí, hijo

—respondió con su maravillosa sonrisa. Ramón se había quedado en el coche porque no soporta las despedidas.

Sonó el interfono y miré el reloj: las nueve. Ricard había venido a cenar y cocinaba yo, por supuesto. Gracias a Antonia, le cogí el truquillo a la cocina.

—Unos de los requisitos —me había explicado antes de coger el tren de regreso — es tener paciencia para la elaboración, dejar que cada alimento se cocine en su tiempo de y en el caso de las carnes, que reposen un mínimo de dos días en la nevera.

Abrí la puerta con una sonrisa, y él entró besándome con ganas, acercándose a mi cuerpo, confirmando la sensación que tenía de que estaba en mi lugar, a su lado. Mafi vino corriendo y se le subió encima, esperando a que le hiciera carantoñas.

Capítulo 11

Un día, ordenando el cajón de la entrada, apareció la tarjeta que Mari Carmen, la mujer que me rescató del metro el día que di una paliza a aquel pobre hombre. La leí y me sorprendí al ver que era la directora del AcoBarna, el centro para menores en el que me crié.

—¡¡¡No puede ser!!! —grité.

En ese momento comprendí por qué su cara me fue conocida: era mi amiga de la infancia, «la del lunarillo», como la llamaban de pequeña. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Esa misma tarde me acerqué hasta el centro y sintiéndome extremadamente nervioso, esperé en la sala de entrevistas hasta que me pudo atender. Al verme, sonrió, recordándome del metro. Me hizo pasar a su despacho y me senté intentando parecer lo más calmado posible.

—En primer lugar —dije tras darle la mano y aclararme la voz—, quiero darte las gracias por tu ayuda, no sé qué me pasó.

—Explotaste de la peor forma posible —afirmó—. No te martirices, ni mucho menos, es algo que pasó y no lo pudiste evitar.

Sonreí. Dudaba en preguntarle o no si era ella. No sabía cómo enfocar mi pregunta.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dije tímidamente tras un largo silencio.

—Por supuesto, adelante —respondió sonriendo.

—¿De pequeña te criaste en este centro?

Me miró, extrañada, abriendo los ojos, asintiendo con la cabeza.

—Yo también, soy Eric, Eric Iglesias.

Una lágrima rodó por su mejilla antes de que se me tirara a los brazos,

diciéndome que se había pasado media vida buscándome por toda Barcelona pero que con los años, desistió en su intento.

—Siempre que veía a un hombre de tu edad y pelirrojo me preguntaba si serías tú, por eso el día del metro me fijé en ti.

Escuchar de su voz que también se había acordado de mí y que me había estado buscando hizo que se me saltaran las lágrimas. Me abrazó de nuevo.

—Juan Carlos, Marta y yo nos vemos a menudo —me explicó—. Nunca perdimos el contacto. Tenemos muy presente el tiempo que estuvimos aquí y sin duda, el recuerdo de mi infancia en estas paredes me incentivó a hacerme educadora social. Comencé como sustituta, pero con los años he terminado de directora.

Salimos a tomar un café. Le expliqué brevemente cómo había ido mi vida y que siempre habían estado en mi corazón. Me moría de ganas de verles y organizó una cena para la semana siguiente. Me despedí con un gran abrazo que duró muchísimo, sintiéndome feliz.

Caminé de regreso a casa pensando en Ricard, en lo mucho que me apetecía contarle que había reencontrado parte de mi niñez, explicarle que por fin había encontrado mis raíces y que me sentía feliz. Mis indecisiones, mis miedos, mi hermetismo emocional había hecho que él incluso se planteara el que nos dejáramos de ver. De sobra sé que le dolía ver como nuestros momentos estaban descompensados. Nunca había estado a su altura, jamás reaccioné como él esperaba o se merecía. Estaba bloqueado, sin poder hacer nada para corresponderle, sintiendo que ese cúmulo de sensaciones negativas me iban devorando.

Llegué a casa y fui a la nevera a por una cerveza decidido a llamar a Ricard. Llamaron a la puerta y al abrir me encontré a Julia.

Su cara estaba totalmente desencajada, sin poder hablar del estado de nervios en el que se encontraba. Aún en la puerta de la entrada, abrió su bolso, intentando torpemente sacar algo de dentro de él mientras que Mafi no paraba de subirse a sus piernas.

—He hecho algo terrible —susurró extrayendo una pequeña caja de cartón, sin dejar de mirarla como si fuera una aparición.

Se puso a llorar mientras enviaba a Mafi a la terraza.

—No te entiendo —pregunté notando como todo su cuerpo temblaba—. ¿Qué es?

—Es Ángel —balbuceó segundos antes de ponerse a llorar mientras. Yo la miraba con cara de incrédulo—. Son sus cenizas. Las he robado de casa de sus padres.

Me quedé atónito, sin dejar de mirar la caja, procurando asimilar lo que me estaba

contando. La rodeé con mi brazo, la llevé a mi pecho y cerré la puerta de la entrada con el pie. La llevé al sofá caminando como un autómatas, incapaz de coordinar mis pasos mientras intentaba calmarla dándole un beso en la frente. Se sentó poniendo la caja en sus rodillas y no hacía más que abanicarse con la mano, llevándosela cada tres segundos a la boca intentando tapársela, asustada, temerosa.

Finalmente el llanto se apoderó de ella y me apresuré a abrazarla, consolándola, sin dejar de mirar la caja.

—No pasa nada —le susurré, acariciándole el pelo—. Calma, todo va bien.

Pasaron varios minutos hasta que recobró la tranquilidad. Me miró con el rímel corrido por toda su cara y le ofrecí un pañuelo de papel. Poco a poco, pudo explicarme lo que le había llevado a robar las cenizas.

Habían pasado más de tres años desde su muerte, pero en su casa en vez de intentar superar el drama de su pérdida, mantuvieron todas sus pertenencias, su habitación, incluso los libros del colegio tal y como estaban antes de morir. Ella visitaba a sus tíos una vez por semana, tras pasar el tiempo y ver que el horrible cofre que contenía las cenizas estaba en una vitrina rodeado de flores y una vela prendida, día y noche, se dio cuenta de que jamás lo superarían, que sus vidas estaban tan vacías que siempre se aprovecharían del drama de su muerte para darles un sentido, día tras día, año tras año, misa tras misa. Siempre me maldecían, jamás me perdonaron que muriera y por supuesto me culpaban sin ninguna dilación.

Todo para no afrontar que habían perdido a su hijo muchos años antes de morir, porque desde su muerte dejó de ser un maricón que había manchado el honor de la familia para convertirse en el hijo perfecto, en esa persona que debería haber sido recordada como el mejor de los mejores... A pesar de que había pasado los últimos diez años de su vida como un anónimo, sin el apoyo que él necesitaba, sin una llamada por su cumpleaños, sin un simple «enhorabuena» cuando se licenció, sin regalarle una simple camisa y por supuesto, sin las ayudas económicas que ofrecieron a su hermana Eva.

Esa familia, la misma que intentó llevarse de nuestra casa lo poco que Ángel se había traído de la suya años antes, la misma que jamás me reconoció como su pareja, tenía las cenizas en un absurdo mausoleo de cristal, haciendo caso omiso a sus deseos de ser esparcido en el lugar de Tossa que les indiqué.

—No se darán cuenta —susurró—. Cumple los deseos de Ángel, por favor.

Al día siguiente fui hasta el pequeño lago, crucé el estrecho puente de madera poniéndome mis gafas de sol y escuchando en mi reproductor la canción que sonaba la noche en la que nos conocimos. Me senté en el mismo tronco viejo que la noche de

su cumpleaños, quitándome los auriculares, recordando lo hermoso que estaba, sorprendido por mi idea de llevarle allí a celebrarlo sin dejar de mirarme como si yo fuera su mundo.

No estaba preparado para eso pero tenía que hacerlo. Era el amor de mi vida, mi único amor, la única persona que durante años deseé abrazar, besar, hacer el amor, esa persona con la que pasar el resto de mis días, siendo feliz en todos los aspectos.

Suspiré.

Años atrás fui feliz en ese sitio, como nunca antes, sintiéndome lleno, con la total convicción de que tenía lo que siempre había necesitado. Amando a Ángel como le amé, desde el primer hasta el último día. Mis palabras sonaron como una plegaria.

Amor mío, por fin descansarás dónde querías. No es fácil para mí dejarte aquí, solo, en este lugar al que apenas viene nadie. ¿Cuántas veces hablamos de este momento cuando estábamos juntos sin ser conscientes de que algún día podría pasar? He seguido adelante a pesar que una gran parte de mi vida se fue con la tuya. Me levanto cada mañana como sé que hubieras querido, respirando e intentando recordarte de una manera positiva para que tu ausencia no acabe conmigo. Es injusto, ¿sabes? No sé qué hacer con todo lo que aún siento por ti, pero no quiero perderlo, es la única forma de tenerte a mi lado, alimentándome del amor que un día sentí por ti y que correspondiste con creces.

Sonreí, recordando su gesto infantil saludándome en la primera noche. Sonrisa que precedió a un llanto desconsolado, intenso, desgarrador.

Miré a mi alrededor, viendo que entre los matorrales se amontonaban varias latas vacías de cerveza y paquetes de tabaco hechos pedazos, descoloridos por el sol y la lluvia. Me indignó. Había pasado muchísimas horas allí, solo, leyendo infinidad de libros, escuchando la pequeña y pesada radio que me compré en las tiendas del puerto con mi primer sueldo, haciendo de ese lugar un sitio mágico, tranquilo, especial, y con los años, un recuerdo enormemente romántico junto a Ángel.

—Es el momento —dije levantando mis cejas y chasquéé la lengua.

Tomé la bolsa que contenía sus cenizas, besé mis dedos y lo introduje en ella cerrando mis ojos. Sentí un extraño calor en las yemas. Mi pulso comenzó a acelerarse y giré poco a poco mi muñeca para que las cenizas quedaran a merced de la ligera brisa.

Una repentina ráfaga de viento se llevó las cenizas de Ángel, acunándolas muy suavemente hasta terminar flotando a escasos metros del montículo en el que estaba y formaron un círculo en el agua a pesar del leve oleaje del estanque. No me lo pensé dos veces, me quité la ropa y salté de cabeza, cerrando mis ojos.

Mientras el agua iba mojando mi cuerpo un calor conocido me envolvió. Creí sentir el aroma de Ángel, el tacto de su piel. En apenas el segundo que duró mi inmersión, supe que era su último abrazo. Sentí que me estaba despidiendo de él, de su vida, de su amor. Escalé las rocas hasta la cima, sintiendo como el frío me envolvía, respirando muy deprisa, cansado. Me quedé bajo los rayos del sol para secarme, intentando con mis manos secarme el pelo. Miré al cielo y cerré mis ojos sintiendo como el sol me hacía entrar en calor.

—Si de verdad el Cielo existe —dije tras tomar una bocanada de aire—, busca a la Hermana Maravillas. Sé con toda seguridad que te querrá como me quiso a mí.

Recordé su sonrisa, su gesto infantil saludándome en el jardín de Julia, y poco a poco se fue desvaneciendo. La sonrisa de Ricard ocupó su lugar. Su mirada, su voz, su elegancia... Su amor hacia mí. Se me aceleró el pulso al sentir que mi amor por él se quedaba allí, a su lado. Para siempre. Ángel le estaba dando paso.

Capítulo 12

Por la mañana, muy temprano llamé a Ricard para quedar con él. Sabía que tenía una mañana muy complicada y no quería molestarle. Tras repasar mentalmente la agenda de visitas, me confirmó que después de la comida tenía un rato libre.

—Perfecto, Ricard —dije contento—. Nos vemos más tarde.

Quería contarle que estaba convencido de que sólo superaría la pérdida de Ángel si dejaba de quererle y así poder enamorarme de él, pero me equivoqué; tenía que haber pensado que jamás dejaría amarle, que por muy duro que sonara, me acostumbraría a vivir sin él y, por supuesto, otro amor, su amor, llenaría mi corazón y me devolvería las ganas de ser feliz. Esa persona era él, con su tenacidad, sus palabras de consuelo, su franca mirada y su más que probada comprensión.

La mañana pasó volando y me encontré caminado muy lentamente Ramblas arriba, sin mirar mi reloj, sin prisas, consciente de que debía una explicación y pedirle disculpas. Tenía miedo, pero no como los últimos años de mi vida, en absoluto. Ya no pensaba en cómo me sentía ni en la forma de vivir lo que quedaba de vida, solamente pensaba en que tenía que ver a Ricard y explicarle que le necesitaba, que sentía enormemente el daño que le había hecho y que por fin había entendido que amarle no significaba olvidarme de Ángel.

¿Cómo olvidar o dejar de querer a alguien que está arraigado en lo más profundo de tu ser? La respuesta es sencilla: al igual que si se extinguiera la más bella de las mariposas, su recuerdo, su belleza perduraría en la memoria del que la viera para siempre.

Nos encontramos en un pequeño café, de esos que tienen pinta de estar en Montmartre, con música de acordeón y pequeñas mesas de mármol redondas. Me senté temblando.

—Siento mucho todo el daño que te he hecho —dije de un tirón—. No tengo excusa para justificar mi falta de tacto contigo. —Te entiendo perfectamente, Eric— dijo removiendo su café. —Nunca te he pedido nada, ni siquiera que me quieras...—

Pero te quiero más de lo que imaginas, Ricard.

Mis propias palabras me sorprendieron. Un estruendo de vasos rotos nos devolvió a la realidad. El camarero al escuchar mis palabras se puso nervioso y se le cayó toda una bandeja cargada de bebidas al suelo. Su cara era un poema y no paró de maldecir entre susurros hasta que limpió todo aquél desastre.

—¿Me quieres? —balbuceó, retomando su postura en la mesa. Una lágrima amenazó con escaparse y la retuvo encendiendo un cigarro. Lo encendió y me lo ofreció—. Aunque no te lo diga, a pesar de que no soy todo lo cariñoso que debiera... Me estoy enamorando perdidamente de ti. La tristeza en su cara dio paso a una amplia sonrisa. Le tomé de la mano. —No podría estar con nadie, al menos que ese alguien fueras tú— dijo desviando su mirada. Sonreí y apagué el cigarro. Le tomé de la barbilla e hice que me mirara. —Ya no imagino mi vida si no es contigo— susurré a su oído antes de besarle. —Quédate a mi lado y prometo hacerte el hombre más feliz del mundo. Si quieres, lo que queda de mí, es para ti.

Otro estruendo de vasos nos hizo girar nuevamente. El camarero volvió a maldecir hasta el primer de sus ancestros y fue imposible contener la risa. Estaba más pendiente de nosotros que de su trabajo. Incluso tenía los ojos llorosos. Ricard comentó que le pareció que aplaudiría la escena.

—Vamos a casa —dijo tomándome de la mano.

El silencio nos acompañó durante los diez minutos de trayecto y al llegar a casa, Mafi se tiro a los pies de Ricard, dándole la bienvenida. Fui a la nevera a por un par de cervezas y les vi jugar en la terraza. Me apoyé en el marco de la puerta y dando un trago a mi botellín sonreí.

Mi corazón vivía de nuevo con un nuevo corazón que me había conquistando poquito a poco. Con fuerza, con decisión, seguro de sí mismo porque Ángel, al igual que la Hermana Maravillas, formaba una parte importante e irremplazable de mi pasado y ambos estarían siempre arraigados en mi corazón. De mi parte, les estaría eternamente agradecido por convertirme en el tipo hombre que era. Jamás les olvidaría y siempre estarían vivos en mi memoria, pero mi vida ya pertenecía a otra persona.

Sergi Férrez

Esa era mi vida, la que debía ser, con Ricard, con mi amor. Teníamos todo el fin de semana por delante para hacer lo que quisiéramos, pero apenas salimos del piso

más que para tomar una caña en el puerto y sacar a Mafi de paseo.

FIN.

Agradecimientos

A mis padres, Ramón y Antonia por inculcarme la virtud de la constancia y educarme de la mejor forma posible.

¡Me siento tan orgulloso de vosotros!

A mis hermanos, Ramón, Mavi y Javier. Crecer con vosotros y pasar nuestra infancia en Llagostera ha sido lo mejor que me podía pasar. A

mi paciente y

comprensiva cuñada Mercè

y sobrinos Jordi, Alex y Judith, por estar ahí siempre y no recriminarme jamás que soy el peor tío de la historia. Os quiero.

A mi marido, Juan Carlos, por cuidarme día tras día con una devoción digna de halago y motivarme

a terminar la historia de Eric. Te adoro.

A mi loco «Grupo 5», cuando estamos

juntos necesitamos terapia...

A mi Nacho, por regalarme un ornitorrinco

y un parque de buganvillas.

A Denise, Norberto, Marta, Juan Carlos, Mari Carmen, Esteban, Julio, Rosa,

Tomás, Margarita, Rosa, Kulu, Jordi, Xevi, Beth, Ricard, Elvira, Laia, Marc,

Susana, M^a Ángeles, Sandra, Josep, Gustavo, Iván,

Gabriela, Graciela, Clecio, Liza, Gavin y a mis Superjenys. Me encanta formar

parte de vuestra vida.

Al Restaurante Can Lladó de Viladasens

por ser tan maravillosos. Cualquier plato es una delicia.

A las almas de la hoguera de BBM. En especial a Mila, mi gata chulapa.

¡Ganaremos esa batalla!

A la memoria de Trinidad Martí Sancho.

Estoy convencido de que se hará justicia.



SERGI FERREZ. Nacido en Mollet del Vallés (Barcelona) en 1971, consigue con *Lo que queda de mí* el primer galardón del XIV Premio Odisea de Literatura.

Estudiante de Psicología y Lengua de Signos Catalana, su primera novela, *Ilusiones de Marfil*, autoeditada en Amazon, ha sido aplaudido por la crítica y alabada por el público por su narrativa fresca, divertida y actual.

Se traslada a Medià, un pueblecito de Girona en 1984 en el que reside actualmente.

Regenta, junto a su marido, un Gastropub en el barrio viejo de la ciudad.

En noviembre de 2012, se convierte en el ganador del XIV Premio de Literatura Odisea con su segunda novela, *Lo que queda de mí*.